

LA GUERRA DE LOS ASTEROIDES

CLARK CARRADOS

La guerra de los asteroides

Clark Carrados

Espacio, el Mundo Futuro/079

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Nuestro fin está próximo, Majestad, mucho más próximo, desgraciadamente, que lo que la gente cree y con muchas menos probabilidades de salvación para nuestra raza que lo que, asimismo, la gente cree también.

—¿Es ésa tu opinión definitiva, Ishthar?

—No es mía, Majestad, sino de nuestros sensibles aparatos, que predicen, sin lugar alguno a error, la catástrofe que se nos avecina con la velocidad del relámpago. El Quinto Planeta, el nuestro, nació ya débil, y el paso de los tiempos no ha hecho sino aumentar nuestra debilidad. Las tensiones resultantes del Cuarto y Sexto Planetas darán como resultado el inevitable estallido del nuestro, estallido que dará lugar a multitud de fragmentos que se dispersarán por el espacio, sin posibilidad alguna de subsistencia en ellos.

—Entonces, ¿qué podemos hacer, Ishthar?

—Nada que no sea aguardar el momento oportuno, Majestad.

—¿Qué se producirá...?

—En el momento en que los tres planetas, el Cuarto, el Quinto y el Sexto, se encuentren en su fase opositiva, o sea, en línea con el nuestro en el centro. Durante incontables giros de nuestro mundo en torno a la estrella que nos da luz y calor, ha podido resistir el Quinto Planeta tales esfuerzos gravitacionales; ahora es el momento inevitable de su explosión, dado que la tensión interior de sus componentes no tiene la fuerza suficiente para resistir las tensiones exteriores a las que se verá sometido.

—Lo cual quiere decir que estallaremos como una bomba, ¿no es así, Ishthar?

—Así es, Majestad. El Quinto Planeta se subdividirá en multitud de fragmentos, los cuales, no obstante, seguirán la misma órbita en torno a la estrella que seguimos ahora. Pero la vida, tal cual la concebimos ahora, no podrá subsistir en dichos trozos.

—Es horrible, es horrible, Ishthar. Quisiera que vosotros, los sabios de

mi reino, supierais hallar algún remedio para este cataclismo.

—Hay uno, Majestad, pero demasiado arriesgado, y no todos los que lo utilicen tendrán probabilidades de sobrevivir.

—Pero alguno sí vivirá, ¿no es así, Ishthar?

—Esperamos que tal cosa sea un hecho cierto, Majestad.

[…][1]

—Es uno solo, Majestad: volver a nuestra primera época.

—¿Nuestra… primera… época, Ishthar?

—Sí, Majestad. Incontables millones de los nuestros morirán, a pesar de todo, pero aún sobrevivirán los suficientes para un día más o menos lejano, o quién sabe si cercano, poder retornar a esta vida que tanto amamos ahora. No debemos ocultar a la población del Quinto Planeta la catástrofe que se avecina; seríamos desleales con ellos y con nosotros mismos, ya que, entonces, morirían muchos más al tomarles desprevenidos la explosión de nuestro mundo. Debemos advertirlo cuanto antes para que, cuanto antes también, cada uno tome sus medidas individuales de defensa y se apreste a la supervivencia. Así llegará un día en que nuestra raza resurja de nuevo y, como ahora, vuelva a ser la dueña y señora del Sistema de la Estrella.

* * *

Las antenas de radio, televisión y radar estaban calculadas de modo que resistieran vientos de trescientos kilómetros y más a la hora, de modo que aquél que soplaba en aquellos momentos, de 60 km/h, era una cosa modesta y de la cual nadie hacía el menor caso.

Pero aquel viento se deslizaba a través de enormes llanuras cubiertas de hielos perennes; chocaba luego con una fila de montañas, contra las cuales rugía y aullaba como si en su interior viajara un millón de demonios, y luego se abatía sobre la base a través de un estrecho cañón helado, bramando como un enfurecido monstruo mitológico de incalculables dimensiones físicas.

Sin embargo, las antenas resistían perfectamente los sesenta kilómetros por hora del viento y continuaban su mecánica labor indiferentes a la tormenta de aire que rugía y aullaba en el exterior.

Los hombres de aquella base meteorológica avanzada en el Antártico,

estaban confortablemente instalados en el interior de sus viviendas, sepultadas a varios metros bajo la capa de nieve, y les importaba muy poco que el viento corriera más o menos. Arriba, el frío alcanzaba fácilmente los —40º y aun los —50º centígrados; en el interior de los edificios podía irse, y se iba, en mangas de camisa, con una semi-tropical temperatura de unos 23°.

Jimmie McFarlane estaba aburrido ante su pantalla de radar, vigilando con cansada indiferencia las rayas que aparecían en la misma, repitiéndose con exasperante monotonía. Un poco más allá, Ted Blake se aburría contemplando, a través de la pantalla visora, el mismo panorama siempre y siempre. Nieve y más nieve, agitada y revuelta por el viento, sin que el paisaje pareciera alterarse. A veces, Ted pensaba si no sería más conveniente que el calefactor de rayos infrarrojos que mantenía perennemente limpio el objetivo exterior de la televisión, se estropease de tal modo que hiciese innecesaria su permanencia ante la pantalla. Con lo cual él se vería muy lindamente apartado de aquel maldito rincón, ante el que tenía la obligación de morirse de asco durante seis horas diarias.

La televisión servía para escrutar el panorama que se tenía al alcance de la mano. El radar alcanzaba mucho más, detectando todo cuerpo extraño a centenares de kilómetros. Y la radio, soltando ahora una catarata de activa música, alcanzaba prácticamente todos los confines del globo.

—¡Maldita sea! —gruñó Jimmie al cabo de un rato—. Como dure mucho esta tormenta, me voy a volver loco.

Ted Blake estaba acompasando con las yemas de los dedos sobre el borde de su pantalla el ritmo sincopado de la música.

—No te quejes, tú mismo tienes la culpa de estar aquí, Jimmie.

—¿Por qué lo dices?

—¿No eras tú el que se hallaba destacado en Islandia y pediste venir al Sur? Pues… ¡ya estás en el Polo Sur! —y Ted soltó una feroz carcajada, que tuvo la virtud de enfurecer a Jimmie, a quien no le agradaba en lo más mínimo que le recordasen aquel incidente, que había provocado la risa de promociones enteras de meteorólogos y observadores de tipo polar.

—¡Cállate, animal! —gruñó Jimmie, muy molesto—. Algún día encontraré al que me hizo la jugarreta y… ¡maldita sea!

—Oye, Jimmie, te hago una apuesta.

—¿Sobre qué? —inquirió el otro, aún ceñudo.

—El viento tiene que aumentar, según indican las observaciones. Te apuesto que antes de veinticuatro horas ha alcanzado los cien a la hora.

—Apuestas, ¿el qué, Ted?

—Diez pavos contra dos. ¿Hace?

Jimmie remoloneó un poco, pues era bastante agarrado. Al fin, por el qué dirán, aceptó. Empezó a meter la mano en su bolsillo para sacar el dinero, pero se quedó quieto, convertido en una estatua.

—¡Atiza!

La exclamación sonó como un latigazo, atrayendo la atención de Ted.

—¿Qué ocurre, Jimmie?

—¡Fíjate, Ted, fíjate en mi pantalla! ¡Dios santo, qué manera de correr!

Blake estiró el pescuezo y soltó al instante otro taco de los gordos.

—¡Cuernos! Jimmie, ¿qué diablos puede ser eso?

—No lo sé, Ted... pero no me gusta.

—¿Le has calculado la velocidad?

—No... aguarda... un momento... ¡Cielos, no puede ser!

—¿Qué es lo que no puede ser, Jimmie?

—¡Siete mil cuatrocientos a la hora! ¡Qué barbaridad! ¡Se va a incendiar!

—¿Qué rumbo lleva?

—Uno-uno-cinco, Ted.

Blake se movió hacia su pantalla visora, mirando unos segundos a través de ella. Luego alargó la mano por encima de su cabeza y atrajo hacia sí el objetivo de una cámara cinematográfica que pendía del

techo de un artilugio semejante al del torno de un dentista.

—Antes de diez segundos lo vamos a tener a la vista, Jimmie. Llama al coronel, rápido.

Pero no hubo tiempo siquiera. Aquel objeto que se desplazaba por la atmósfera terrestre a una velocidad inconcebible, apareció de pronto en la pantalla de la televisión, como una raya de fuego que iluminaba vívidamente el grisáceo horizonte. Ted lo siguió, manejando los mandos de la pantalla, al mismo tiempo que la cámara registraba en su film todos los movimientos.

La cosa duró muy poco; apenas cinco segundos. Luego, aquella bola de fuego desapareció tras el horizonte. Un momento después, los amplificadores trajeron hasta los oídos de los observadores, en medio del bramido de la tempestad, el sordo estruendo de una lejana explosión.

Jimmie McFarlane no perdió más tiempo. Pegó un manotazo al botón de comunicación interna y gritó:

—¡Coronel Quiroga! ¡Coronel Quiroga! Objeto no identificado registrado en las pantallas. Se le ruega venga urgentemente al puesto central de observación. Repito...

Jimmie sabía que los altavoces estaban repitiendo su llamada por todos los ámbitos subterráneos de la base y que ésta se estaba poniendo en movimiento apenas oídas sus palabras. Todo el mundo dejaría los entretenimientos de menor cuantía y correría a sus puestos sin perder un segundo inútilmente.

Una voz serena, perfectamente tranquila, se oyó a través del megáfono:

—¡McFarlane!

—¿Señor...?

—¿Tomaron los datos de ese objeto?

—Si, señor, y además Ted consiguió filmar su trayectoria.

—¡Magnífico! —contestó el coronel. Luego habló con otra persona—: Dorsey, vaya a Observación y tráigame inmediatamente el carrete; necesito verlo cuanto antes. ¡Sismógrafo!

—Diga, señor —contestó otra voz.

—¿Se registró la intensidad de la caída de ese artefacto?

—Sí, señor. El gráfico señala que se encuentra, más o menos, a unos doce kilómetros de la base, en el rumbo uno-uno-cinco.

—Muy bien, Sismógrafo. ¡Transportes!

—A la orden, señor.

—Dos "Cats" estancos preparados para dentro de treinta minutos. ¡Teniente Albany!

—¿Coronel?

—Una docena de hombres armados en el hangar número uno, rápido.

—Sí, señor; al momento.

Ted y Jimmie se miraron, sonriendo.

—¡Vaya un jaleo que hemos organizado! —comentó sonriente el primero.

—Menos mal —suspiró aliviado Jimmie—; así saldremos de esta embrutecedora monotonía. ¡Cuánto me gustaría ir a ver ese platillo volante!

—¡Platillo volante! ¡Y todavía sigues creyendo en…!

Ted se interrumpió, porque un hombre acababa de entrar allí.

—Hola, chicos. ¿Era guapa?

—¿Guapa, qué…?

—No se dice qué, sino quién, pedazo de idiota —dijo el recién llegado, en tanto forcejeaba con la cámara cinematográfica. Acabó de sacar el carrete y ya en la puerta del puesto de observación, se volvió—: Me refiero a la chica que pilotaba ese platillo volante.

Jimmie soltó un taco, al mismo tiempo que tomaba una silla para arrojársela a la cabeza al desvergonzado fotógrafo, pero éste ya había cerrado la puerta y se encaminaba con paso vivo hacia su laboratorio.

Quince minutos más tarde se presentaba en el despacho del coronel

Quiroga, comandante de la base, con el film ya revelado y listo para su proyección. Junto al coronel se veían varios oficiales más.

El fotógrafo dispuso todo para la proyección.

—La luz —pidió, y alguien la apagó.

Un cuadrado de luz apareció en la pared. Luego se oscureció levemente, mostrando la grisácea llanura barrida por el viento. Unos segundos más tarde apareció una raya ígnea que cruzó fulgurantemente el horizonte de izquierda a derecha, dejando un rastro rojo claramente visible. Se vio al objetivo seguir a aquel extraño objeto hasta que éste desapareció, hundiéndose claramente en la tierra, a no muy larga distancia de la base.

Cuando la proyección hubo terminado, se encendió la luz. Quiroga dijo:

—Un buen trabajo, Dorsey. ¡Albany!

—Diga, señor.

—Salga cuanto antes con sus hombres. En mi opinión, es muy probable se trate de un meteoro, pues no hay nave que resista tamaña velocidad sin derretirse como si fuera de mantequilla al frote con la atmósfera. No obstante, y por lo que pudiera suceder, vayan prevenidos.

—Sí, señor —contestó el teniente.

Saludó y salió con rápido y enérgico paso de la estancia.

El coronel Ulyses T. Quiroga, de la Fuerza Aérea estadounidense, sacó tabaco y lo ofreció a los presentes. Uno de éstos era el profesor Bauer, reputado científico.

—Y bien, profesor, ¿cuál es su opinión? —inquirió el coronel.

Antes de contestar, Bauer miró especulativamente la punta encendida de su cigarrillo. Luego alzó su vista, contemplando el joven rostro de su interlocutor envidiándole, ya que no su inteligencia, sí su fortaleza física, su varonil apostura y, lo que era más importante de todo, sus treinta y cinco años, veinte menos que él.

—Coincido con usted en todo, coronel. El paso característico del objeto que vimos en la pantalla es el de un meteoro cruzando la

atmósfera terrestre. Estoy seguro de que, si ampliamos las fotografías, podríamos ver incluso las chispas que éste deja en su trayectoria, procedentes de los metales que lleva en su interior y que tienen un punto de fusión más bajo que los restantes. Por otra parte, he visto también la gráfica del sismógrafo y he podido apreciar la violenta sacudida que ha provocado con su choque contra el suelo. Por lo tanto, dado que no se ha desintegrado al chocar contra la atmósfera, opino que debe de tratarse de un meteorito de considerable peso, quizá de varias toneladas.

—¡Hum! Eso podrá ser de mucho interés para algunas personas —comentó el coronel—. Para nosotros, sin embargo, es muy relativo. No obstante, me temo que habremos de dar cuenta de ello.

—Sí —sonrió el profesor—. Y luego vendrán a marearnos, nos harán cientos de preguntas, consumirán una exorbitante cantidad de placas fotográficas, devorarán nuestras provisiones y nos dejarán un enorme y colectivo dolor de cabeza.

—Abundo en su opinión, profesor. Sin embargo...

Quiroga se interrumpió. Un altavoz acababa de sonar.

—¡Coronel Quiroga, el teniente Albany pide comunicación con usted!

—Muy bien, Chairman, pásemela aquí.

—Al momento, señor.

Hubo una serie de ruidos y carraspeos en el altavoz, provocados por los estáticos, y luego se hizo la claridad en el sonido.

—¿Coronel Quiroga? —dijo la voz del teniente.

—Sí, al habla. ¿Qué ocurre, teniente? ¿No pudieron dar con el artefacto?

—Sí, señor. Estamos al lado de él. Es una roca enorme, señor. Tendrá al menos seis o siete metros de grueso y, lo que es más raro, está partida en dos.

—El choque, con toda seguridad —observó pensativamente el profesor.

—Oiga, Albany, ¿no podrían traerse alguna muestra de ese meteorito?

—¿Muestra, señor? Es imposible. Debe pesar un buen montón de

toneladas y no hay forma de partirlo si no es con dinamita.

—Está bien; de todas formas, dejen allí algunos jalones para señalar su posición. Me temo que, pesado o no, entero o partido, tendremos que recogerlo algún día, y no tendría la menor gracia que la nieve nos lo ocultara por completo.

Una carcajada sonó de pronto en el altavoz. Quiroga empezó a pensar si el intenso frío reinante en el exterior no habría alterado las facultades mentales de su subordinado.

—¡Albany! ¿Qué le ocurre?

—Oh, nada, nada de particular, señor. Solamente que... ¡Diablos, qué importa ahora esta maldita roca cuando en ella hemos encontrado lo que jamás se ha visto!

—¡Está loco, Albany! Regrese inmediatamente a la base, ¿me oye? ¡Es una orden!

—Sí, señor; inmediatamente. Pero le vamos a llevar un regalo de Pascuas.

Quiroga frunció el ceño. Pero no pudo hablar; el teniente se le anticipó.

—Coronel, ¿qué le parecería si le dijera que en el interior de la roca meteórica hemos hallado dos huevos?

CAPÍTULO II

Sí, allí estaban, y el teniente Albany no estaba loco, aunque poco le había faltado para perder la razón. El coronel, Bauer, el médico Álvarez, el teniente y varios más llenaban la cálida habitación, en cuyo centro, y depositados sobre una gran mesa, se hallaban los dos huevos que habían aparecido en el interior del meteorito al partirse éste en dos con su choque contra el suelo helado.

Los huevos eran enormes, de unos sesenta centímetros en su eje mayor, casi esféricos, de un siniestro color escarlata, que impresionaba desagradablemente las retinas de los espectadores. Bauer dejó escapar su opinión.

—En mi opinión, el calcio de la cáscara se ha oxidado al contacto con los metales férreos del interior de la roca, y eso es lo que le ha hecho adquirir tan extraño color.

Quiroga se adelantó, golpeando con los nudillos uno de los huevos. El golpe sonó mate.

—Deben estar llenos —dijo—. Lo cual quiere decir que en su interior hay un ser.

—¿Algún pájaro? —preguntó un curioso.

—¿Ha de ser necesariamente un pájaro? —contestó Quiroga—. Los cocodrilos y las tortugas también ponen huevos, y son la antítesis de las aves.

—¡Cielos, no, coronel! —exclamó Jimmie impulsivamente. Luego se arrepintió de sus palabras—. Dispénseme, señor.

—No hay de qué, Jimmie. Estás en tu perfecto derecho al emitir tu opinión.

El joven se sonrojó. Vaciló al hablar.

—Estaba pensando en que… ¡diablos!, si de un huevo poco mayor que el de una gallina sale una tortuga de tres o cuatrocientos kilos de peso, ¿qué bicho no saldrá del interior de esa cáscara?

—¿Y si la cáscara no fuera otra cosa que una envoltura protectora? —sugirió el teniente—. Venían dentro de la roca; la huella casi esférica del huevo quedó magníficamente grabada en el meteorito.

Bauer se acarició el mentón.

—Acaso el instinto del ser que hay ahí dentro le impulsó a refugiarse en el momento del cataclismo que le lanzó a los espacios.

—Entonces no fue instinto, sino inteligencia, profesor —dijo el coronel, y todos se volvieron a mirarle.

—¿Inteligencia? —repitió Álvarez, el médico de la base.

Hubo una tensa pausa de silencio. La rompió el propio Quiroga.

—Sí, inteligencia, ¿por qué no? Si ese misterioso ser que hay ahí dentro…

—Todavía no estamos seguros de que esté dentro, coronel —le objetó el profesor.

—En la base carecemos de rayos X que nos permitan sentar rotundamente tal afirmación —dijo Quiroga—; pero una cosa hay segura, y es que estos huevos no han sido puestos en la Tierra. Acaso esté muerto el, digamos, polluelo; con toda seguridad será así, porque habrá estado encerrado en el interior de la roca acaso durante millares de años; pero de lo que no hay la menor duda, es de que estos seres se encerraron voluntariamente aquí dentro para sobrevivir.

La calmosa voz del profesor se dejó escuchar.

—Permítame una objeción, coronel. ¿Sabe usted si los fósiles que se han encontrado y que se siguen encontrando, generalmente del tipo de los moluscos se encerraron también voluntariamente en los estratos terráqueos para sobrevivir a un cataclismo en nuestro planeta? ¿No ha podido ocurrir que en algún remotísimo mundo hubiera una catástrofe cósmica, sin precedentes, y que estos huevos, puestos por algún animal de morfología completamente desconocida para nosotros, no hayan sido sepultados en dicha catástrofe? El paso de los años ha ido apelmazando la tierra hasta convertirla en roca durísima y…

Quiroga asintió, bastante fastidiado.

—De todas formas, estamos ante un descubrimiento sensacional, profesor.

—No me cabe la menor duda, coronel. Y cuando los técnicos abran estas cáscaras se verá sin duda alguna cosa muy digna, indudablemente, de contemplar.

—¡Qué lástima, yo no estaré allí! —se quejó Jimmie.

Su exclamación tuvo la virtud de aliviar la tensión que existía allí. Hubo varias risitas, y de pronto, Quiroga tuvo una idea.

—Deme su estetoscopio, doctor.

Álvarez obedeció, bastante extrañado.

—Se puede auscultar el corazón de un pollo una semana antes de su nacimiento, pero esto…

Quiroga no contestó; estaba escuchando muy pensativo, paseando la base del estetoscopio por toda la superficie del huevo. Al fin se

despojó del instrumento y se lo devolvió al médico.

—A pesar de todo, digo lo mismo que Galileo cuando le obligaron a retractarse: *E pür si muove*. Y sin embargo, se mueve. Aquí adentro hay algo vivo y no hay ni habrá nadie que me saque de mi idea. Presiento que la cosa que está encerrada en el huevo no está muerta del todo; si acaso, en estado de letargo, sumida en una vida latente, pero viva, al fin y al cabo.

Las firmes palabras de Quiroga acabaron por hacer mella en los espíritus de los presentes. Hubo un silencio, durante el cual, y como cosa excepcional, se oyó débilmente el rugido de la tormenta desatada a varios metros sobre sus cabezas. Un vidrio se estremeció rechinantemente.

—También me pasa a mí algo parecido, señor —dijo impetuosamente Jimmie—. Ahí dentro hay algo. No sé cómo expresarme; no sé qué puede ser, ni siquiera puedo verlo; pero lo siento en mi interior. Es algo así como un pre… pro…

—Un presentimiento, ¿verdad, Jimmie? —dijo Quiroga, muy satisfecho de que alguien fuera partidario al fin de sus teorías.

—¡Exactamente, señor! ¿Quiere que le diga una cosa? No me gustan esos huevos en absoluto, y si por mí fuera, los destruiría inmediatamente, sin aguardar a más. Desde que los trajeron, estoy con los nervios a punto de estallar y si la cosa dura un poco más…

Otra voz se unió a la de Jimmie: la del teniente Albany.

—El muchacho tiene razón, coronel. Cuando los descubrimos, me sentí de una forma muy rara. No sé… Ah, sí, ahora caigo, señor ¿No le ha pasado a usted en alguna ocasión que se siente molesto porque alguien le está mirando fijamente y no sabe quién es ni de dónde le miran?

Quiroga chasqueó los dedos.

—Albany, ha dado usted en el clavo. ¡Eso es exactamente lo que yo quise decir desde un principio!

—¡Paparruchas, coronel! —dijo Bauer, muy molesto—. Esos huevos están fosilizados, y en su interior hay tanta vida como entre el metano helado de Júpiter. ¡No puede vivir un ser encerrado dentro de una cáscara de calcio durante miles de años!

—No sabemos nada acerca de los habitantes de otros mundos, profesor. El trigo hallado en las tumbas de los faraones germinó al cabo de cuatro mil años. ¿Por qué aquí no ha de poder ocurrir lo mismo?

—Porque el trigo era una planta y, esto, sea lo que sea, es un animal.

—¿Es? —exclamó triunfante Quiroga—. ¿Ha dicho «es», profesor? ¿O mejor debiera haber dicho «era»?

El profesor refunfuñó algo nada agradable para los hombres a quienes la larga permanencia en las heladas soledades del Antártico, alteraba sus facultades mentales y luego salió dando un portazo.

Pero lo cierto fue que ninguno de los presentes sonrió al ver el gesto del profesor, como hubiera ocurrido normalmente. Quiroga se dio cuenta de que algo anormal, vagamente siniestro, acaso mortíferamente peligroso, flotaba en la atmósfera. Era una sensación que no se había percibido allí hasta entonces.

Jimmie deglutió saliva ruidosamente. Albany escupió, contra todas las reglas de la buena crianza. El médico, Álvarez, arreó dos verbales patadas al diccionario del bien hablar. La tormenta rugía cada vez más intensamente, a seis metros por encima de sus cabezas, lo cual le recordó a Ted que acaso pudiera ganar la apuesta.

—Está bien —rompió Quiroga el silencio—; hemos de hacer algo y…

Se interrumpió de pronto, dándose una palmada en la frente.

—¡Idiota de mí! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

—¿Qué es ello, señor? —inquirió Jimmie.

—El sismógrafo. Es mil veces más sensible que el estetoscopio, y si aquí hay vida, no dejará de registrarla.

—¡Pues claro que sí, señor! —exclamó Jimmie— ¿Llamo a Steve?

—Sí. Pero puede ocurrir una cosa: que la gráfica registre movimientos que no sean procedentes del interior de la cáscara. Lo que haremos será colocar los huevos, independientemente uno del otro, en dos tinas llenas de agua, bien sujetos, para que no se muevan. El líquido amortiguará todos los movimientos sísmicos que puedan producirse y…

Quiroga no terminó de hablar; en el mismo momento, todos cuantos allí estaban entraron en una frenética actividad, moviéndose con vertiginosos, pero bien coordinados pasos. Mas no les movía tanto el afán científico como el ansia de librarse de aquella inexplicable sensación que tanto les desagradaba, agobiándoles con su inexplicable peso.

Una hora más tarde todo estaba dispuesto. Unos sensitivos terminales fueron adosados a la cáscara de uno de los huevos, hallándose el extremo opuesto conectado con el sismógrafo. El silencio era absoluto, expectante.

El carrete con el papel de la gráfica empezó a girar lentamente, al mismo tiempo que el trazador iba dejando en él una huella completamente lisa, sin la menor alteración, totalmente horizontal.

Durante un buen rato no ocurrió nada. Los ojos de todos los presentes estaban clavados en la aguja trazadora, la cual, impasible, continuaba dejando su marca en el carrete de papel cuadriculado. La huella seguía siendo lisa en absoluto.

Jimmie McFarlane soltó de pronto una chasqueada exclamación.

—¡Ese pajarraco nos está tomando el pelo! Me dan ganas de encender una hoguera debajo y tomármelo pasado por agua.

—El doctor Álvarez se vería muy apurado para curarte la indigestión, Jimmie —rió el teniente Albany.

El médico refunfuñó algo, muy molesto.

—Aunque me haya especializado, aquí, en torceduras de tobillos y fracturas de fémur, por la maldita falta de cuidado que ponen algunos patosos al andar por la nieve, todavía sé curar un cólico —dijo Álvarez.

—Bueno, bueno, matasanos, no se enfade, yo...

—¡Callad! —gritó de pronto Quiroga. El silencio se restableció rápidamente.

La aguja del sismógrafo tembló levemente, como tratando de subir. El trazo negro ascendió un par de milímetros y se mantuvo allí, oscilando levísimamente, como luchando contra alguna fuerza que le impidiera un ascenso más franco. De pronto se disparó a lo alto y alcanzó una cota de tres centímetros, en la que permaneció durante una centésima

de vuelta. Luego inició un rápido descenso, hasta alcanzar el nivel ordinario. El trazo recobró su perdida horizontalidad.

—¡Hay algo, hay algo ahí dentro! —gritó Jimmie asombrado.

—Sí —murmuró el coronel—, pero no es necesario que nos rompas los tímpanos, muchacho.

La sensación de vida que parecía expandirse fuera del huevo, aumentó inexplicablemente. Quiroga se dijo que el teniente Albany había tenido razón: allí dentro había algo, fuese lo que fuese, que les estaba mirando de una manera rayana en la intolerancia.

La aguja volvió a saltar de nuevo, quince segundos más tarde, marcando un trazo exactamente igual al anterior. Otros quince segundos después se repitió la marca, y dos minutos más tarde, el papel del sismógrafo señalaba de modo rotundo que en el interior del huevo había algo que vivía.

—Los intervalos son completamente regulares en el tiempo que los separa —dijo Steve, el sismólogo, que los había estado midiendo—. Cada quince segundos, algo pasa ahí dentro.

—¿Doctor...? —dijo el coronel, inquisitivamente.

Álvarez se frotó la mandíbula pensativamente.

—Acaso sea el corazón de ese ser —dijo—. Pero unas pulsaciones tan lentas, coronel...

—No olvide que ha venido de otro mundo, acaso totalmente distinto al nuestro, y que, por lo tanto, desconocemos su anatomía, morfología, metabolismo y demás peculiaridades de su constitución física. Por lo tanto... —Quiroga se dio cuenta de que la aguja del sismógrafo estaba a punto de subir de nuevo y exclamó—: Rápido, doctor, su estetoscopio.

El coronel se aplicó los auriculares, colocando la placa auditiva sobre la cámara, justo en el momento en que la aguja iniciaba su ascenso. Escuchó atentamente unos segundos, y luego se irguió.

—No hay duda, doctor. Allí dentro hay algo... *¡vivo!*

Álvarez miró al comandante de la base de muy extraña manera. A su vez tomó el estetoscopio y auscultó el huevo, sin interrupción alguna, durante cinco larguísimos minutos.

Tardó un poco en enderezarse, y cuando lo hizo todos pudieron apreciar que el médico tenía la frente perlada de innumerables gotitas de sudor, no producidas precisamente por la excelente temperatura del ambiente.

—Tenía usted razón, coronel —dijo de modo sensacional—. No sé cómo lo presintió, pero, en todo caso, me descubro ante sus dotes de profeta.

Quiroga emitió una sonrisa.

—No he sido yo solo, doctor. Están Jimmie, el teniente…

—Pero aún hay más —continuó el médico, aumentando a cada palabra el tono dramático de su breve parlamento—. Sea el animal que sea el que se halla encerrado en el interior de la cámara, *vive*. Y —añadió, ya de modo explosivo—, aseguraría por diez contra uno, que no puede tardar mucho en libertarse, por sí mismo, de su cárcel de calcio.

Hubo unos momentos de angustioso silencio, durante los cuales, la sensación de desagrado y hasta de inquietud que les dominaba a todos desde que aquellos extraños huevos entraran en la base, aumentó considerablemente. La velocidad del viento, arriba, en la superficie de la helada llanura, aumentó bruscamente, de modo rugidor, a ciento veinte kilómetros a la hora, y su lúgubre aullido, como siniestro y amenazador aviso, se extendió en muchas millas a la redonda.

De pronto, uno de los megáfonos soltó un ladrido, cortando con ello la enorme tensión a que estaban sometidos los nervios de los presentes.

—¡Observación llama al coronel Quiroga! —y la llamada se repitió una y otra vez en contadísimos segundos.

Con fácil paso, el coronel caminó hasta el intercomunicador más cercano. Oprimió el interruptor.

—Coronel Quiroga al habla. Dígame, Observación.

—Objeto no identificado se dirige hacia la base, señor.

El aludido respondió en el acto:

—¡Velocidad, rápido!

Hubo una pausa de silencio.

—No se puede calcular, señor... ¡Oh, ya está ahí! ¡Se nos echa encima...! ¡Viene hacia aquí! ¡Cuidado! ¡Agárrense!

Antes de que pudieran obedecer las palabras del observador de turno, un formidable choque estremeció la base de arriba a abajo. Las luces perdieron intensidad unos momentos, llegando casi a la oscuridad total, pero muy pronto volvieron a la normalidad. Alguno fue derribado al suelo por el formidable estremecimiento sufrido, pero, en general, todos aguantaron satisfactoriamente.

Quiroga miró en torno a él, preguntando a continuación:

—¿Algún herido?

—Mis narices —se quejó alguien, y otro soltó una risita espasmódica.

—Está bien —dijo el coronel—. Doctor, vea si hay alguien herido por ahí. ¡Albany!

El aludido respondió en el acto.

—¡A la orden, señor!

—Vamos a ver dónde ha caído ese meteorito y, de paso, evalúen los daños sufridos.

No dieron dos pasos sin que uno de los miembros de la base lanzara una llamada a través del sistema interno de comunicación.

—¡Está localizado en los hangares de los «Cats», señor!

El coronel y sus hombres se dirigieron a paso de carga hacia el lugar señalado. Al llegar a la puerta, una furiosa bofetada de aire helado les sacudió el rostro.

Pero ellos no hicieron el menor caso del frío que se colaba por el enorme boquete abierto en el techo de los hangares. Las pupilas de todos los presentes estaban fijas en la enorme roca, partida limpiamente en dos que, humeando todavía, se hallaba en el centro de la enorme estancia. Uno de los tractores tipo Caterpillar estaba volcado sobre uno de sus costados, demostrando así la violencia con que había impactado el meteorito.

Y entre los dos fragmentos de roca había un huevo, idéntico a los otros, salvo en el tamaño, que era del doble o más. En el trozo de roca opuesto al que descansaba el huevo, podía apreciarse el hueco que

aquel cuerpo había ocupado.

Repuesto de la impresión, y sin hacer caso del frío aullador que penetraba por arriba, el coronel Quiroga avanzó hacia el huevo. Notó algo sumamente raro, que no supo definir exactamente por el momento.

Así como los otros dos huevos le causaban, cada vez que los miraba, una siniestra sensación de infinito horror, éste, por el contrario, le produjo un sentimiento de paz y alivio como jamás lo había advertido en el interior de su espíritu. Presintió que allí había alguien, vivo pero con muy distintas intenciones que los otros seres que se encontraban dentro de los otros dos ovoides.

Rehaciéndose, dio unas secas órdenes a sus hombres.

—¡Albany! Tome los hombres que precise, y repare provisionalmente los estropicios. Dos de sus hombres, que lleven este huevo al comedor general.

Y luego añadió, con una risita.

—Me parece que acabamos de recibir los primeros visitantes del espacio que hayan llegado jamás a la Tierra.

Albany sonrió.

—En tal caso, señor, les haremos los honores correspondientes. Bien, con su permiso... ¡A trabajar, muchachos!

CAPÍTULO III

La aguja del anemómetro marcaba ochenta y cinco kilómetros por hora y el termómetro exterior treinta y dos grados centígrados bajo cero. Pero, dentro de la base, reinaba una temperatura de 22 grados.

Sentado sobre un cajón de conservas, Jimmie McFarlane contemplaba melancólicamente los dos huevos de siniestro color rojo que tenía sobre una mesa frente a sí. Las agujas de su reloj marcaban las dos horas treinta minutos y Jimmie se preguntó cómo pasaría la hora y media que le quedaba antes de que el soldado Brown fuera a relevarle.

Bostezó aparatosamente y extendió los brazos, en un vano intento de sacudir el sueño que trataba de cerrarle los párpados. Escuchó

vagamente el rugido de la tormenta que se enfurecía a seis metros de distancia de su cabeza.

En la habitación vecina, algún aparato científico dejaba escapar un monótono cloqueo: era el contador de rayos cósmicos. El leve rumor de la maquinaria del generador de energía llegaba con insidiosa suavidad hasta sus oídos.

Jimmie apoyó sus hombros en la pared que había tras él y contempló fijamente el huevo más próximo. Se sintió por un momento nervioso y desasosegado, pareciéndole que unos ojos malignos le contemplaban, horrendamente coléricos, desde el interior de la cobriza cáscara. Pero el sueño pudo más que él.

La cabeza se le dobló sobre el pecho. Su respiración se hizo más rítmica, acompasada. Por unos momentos perdió la noción de las cosas.

Un ruido extraño se oyó en la habitación, un ruido que no correspondía a los que, de costumbre, se escuchaban en aquel lugar. Sonó primeramente como un tenue chasquido. Jimmie no lo oyó.

El chasquido se convirtió en un seco crujido. Una grieta se abrió repentinamente en la cáscara del huevo más cercano, extendiéndose luego con siniestro siseo a lo largo de toda su superficie. Unas garras aparecieron por la parte superior de la grieta.

Las garras terminaban en unas uñas agudísimas, a primera vista duras como el acero. Tenían incluso su mismo color, pero el resto del miembro que asomó, sarmentoso y retorcido, era de un repelente color verde sucio. La grieta se ensanchó.

Una horrible cabeza asomó por la abertura practicada en la cáscara. La boca de aquel rostro tenía una expresión de infinita crueldad, aumentada, si ello era posible, por dos ojos rojos como la sangre, refulgiendo siniestramente en sus múltiples facetas. Un cuerpo de reptilesco aspecto acabó por surgir al exterior.

Y Jimmie continuaba durmiendo. No vio, pues, al extraño ser que, tras arrojarle una irritada mirada, concluyó de separar cuidadosamente las dos mitades de la cáscara. Estirando, aquel ser venía a medir un metro veinte de longitud total. Sus extremidades inferiores eran muy parecidas a las superiores, incluso en las aceradas garras. El cuerpo estaba cubierto de numerosas escamas, cubiertas de húmedo halo, que poco a poco, con el calor de la estancia, acabó por disiparse.

Los ojillos del ser parecieron perder por un segundo su ominosa expresión al ver a su lado el otro huevo. No giraron dentro de sus órbitas porque su peculiar morfología se lo prohibía, pero las numerosas facetas de que se componían aquellas extrañas y rojizas pupilas lo captaron todo en un segundo.

El dorso de aquel ser tenía una especie de prolongación exterior en forma de cresta, de unos cinco centímetros de altura, que corría a todo lo largo de su espalda. Incorporándose con enorme lentitud, se acercó al otro huevo.

Abrió la boca, dotada de cortos, pero agudísimos colmillos, y la aproximó a la cáscara del otro huevo. De su garganta brotaron unos tenues chillidos de sincopado ritmo. Luego, aproximó la cabeza como si tratara de escuchar.

Sus afiladísimas uñas trabajaron por unos segundos en la cáscara del huevo, tratando de abrir en ella una grieta. Pero, de pronto, el contador de rayos cósmicos de la vecina estancia sufrió una descarga de particular intensidad, y su altavoz largó chirridos fuera de lo normal.

Estos sonidos no hubieran sido suficientes para despertar a Jimmie, harto acostumbrado ya a ellos. Sin embargo sobresaltaron a aquel ser de otro mundo, y lo hicieron volverse rápidamente, aprestando garras y colmillos a lo que él estimaba como propia defensa.

Calculó mal su movimiento, y derribó el otro huevo de la mesa al suelo. La cáscara se resquebrajó estrepitosamente. Jimmie pegó un salto en su asiento.

Durante un segundo, permaneció estupefacto, negándose a dar crédito a lo que sus ojos estaban presenciando. Luego pegó un grito que hizo saltar el mercurio dentro del termómetro.

El ser de otro mundo se le arrojó encima, chillando desaforadamente, pero, afortunadamente para Jimmie, sus garras encontraron sólo el vacío. La juventud de Jimmie quería decir rapidez y huyó de la estancia como alma que lleva el diablo, alborotando a todos los durmientes con sus gritos.

Por lo tanto no pudo ver que aquel reptil, tras un brevísimo instante de vacilación, giraba sobre sí mismo, y se dedicaba a atender a su congénere que, en aquellos momentos, surgía a la luz un poco atontado, pero con la misma expresión de furia e irritación que el primero. Luego, los dos, silenciosamente, salieron de la habitación,

erguidos en aproximadamente, metro veinte de estatura.

Al oír los alaridos del joven, todo el mundo saltó de sus camas. Y el coronel no fue de los más rezagados.

Quiroga se asomó a la puerta de su cuarto, en el momento en que Jimmie pasaba por allí, corriendo como si fuera a ganar los cien metros lisos en una Olimpiada. El brazo del coronel se estiró.

—¡Jimmie, quieto! ¿Qué diablos le ocurre?

El joven estaba palidísimo, sin aliento, casi sin poder hablar.

—¡Allí, coronel… allí! Un monstruo… salió del huevo… me atacó… Tenía los ojos rojos… garras de acero… me quiso degollar…

—¡Jimmie! Te quedaste dormido y estás aún soñando.

El teniente Albany y un par de soldados corrieron hacia allí, portadores de sendos rifles superligeros.

—No, coronel —continuó hipando Jimmie—. Lo… lo vi saltar sobre mí… Ojos rojos… Un lagarto colosal, maligno.

En aquel momento se oyó un agudísimo grito en la parte opuesta. Luego un disparo atronó la atmósfera.

—¡Maldito bicho! —bramó la voz de Steve, el sismólogo.

Quiroga no lo dudó más; metiéndose en su estancia, tomó una pesada pistola automática y luego se lanzó hacia el departamento de sismografía. Steve, el técnico, se asomó, sin una brizna de color en el rostro.

—Coronel, ¿qué es ese engendro que he visto? Parecía un lagarto… *¡pero con inteligencia!*

—¿Está seguro?

—Si no ando listo, me raja la barriga de arriba a abajo. ¡Bestia inmunda!

—¿Hacia dónde se fue?

—Pues… —el sismólogo vaciló.

Antes de que pudiera hablar, el bramido de una pistola ametralladora

le cortó las palabras en la garganta.

—¡Coronel Quiroga, coronel Quiroga! ¡Aquí, aquí!

El interpelado se lanzó como un loco, seguido por sus hombres, hacia el comedor general, que era de dónde habían partido los gritos. Un hombre salió andando hacia atrás, con una carabina automática en las manos, todavía humeante.

—Carton —gritó Quiroga—. ¿Qué diablos ocurre?

—Están ahí —dijo el aludido sin volver el rostro—. Tenía usted razón, coronel; esos huevos tenían algo vivo dentro. ¡Malditas bestias! Nos atacaron antes de que pudiéramos darnos cuenta...

—Déjeme pasar...

—¡No, coronel! —grito Carton, horripilado, y de pronto, dando media vuelta, tiró la carabina y sollozó—. Dios mío, qué fieras... En un santiamén se arrojaron sobre nosotros... Estábamos Wheeler, Condrillac y yo. Los otros dos... Y tiré sobre esos condenados lagartos, pero las balas *rebotaron*...

—¡No diga insensateces, Carton! —gritó Quiroga, apartándolo bruscamente a un lado. Vio tendidos dos cuerpos en el suelo y se precipitó sobre ellos—: ¡Vivo, avisen al médico y den la alarma general! ¡Todo el mundo sobre las armas!

Una campana rechinó estridentemente en el interior de los subterráneos. Quiroga examinó rápidamente los dos cuerpos.

Les despojó a zarpazos de sus ropas y luego, se quedó absorto, estupefacto.

—¡Dios santo! ¡No tienen ninguna herida!

El doctor Álvarez apareció trotando con la caja de primeros socorros. Auscultó rápidamente a los caídos y luego dijo:

—Para mí que solamente sufren los efectos del susto, coronel. Yo no les veo nada de particular, al menos por ahora. Quizá con un examen más atento...

—Está bien, doctor. Que le ayuden a llevárselos a la enfermería. Deme cuenta de su estado más tarde. ¡Albany, Jimmie, vengan conmigo!

De pronto se oyeron más gritos y cuatro o cinco disparos más.

—¡Están en la sala de comunicaciones!

Quiroga trotó hacia allí. Un hombre, con un rifle en las manos, extendió el brazo izquierdo.

—Coronel, esos bichos o lo que sean, me atacaron. Suerte que tuve de verlos antes. Les solté una descarga, pero... ¡cielos, qué rapidez de movimientos! No sé siquiera si les di o no; se metieron aquí dentro y cerraron luego. No me atrevo...

—Ha hecho usted bien, Scotty —contestó Quiroga, y de pronto, una súbita sospecha le asaltó el pensamiento—: ¿Quién está ahí dentro?

—¿Que quién...? ¡Rayos, sí, coronel! Parkinson y McLaurin, de guardia en comunicaciones. No oí ningún disparo...

Quiroga arrugó el ceño. Entonces apareció por el pasillo, galopando frenéticamente, el profesor Bauer.

—¿Dónde están? —gritó.

El coronel señaló la sala de transmisiones con un gesto de su cabeza. Los ojos del científico brillaron.

—Yo no me fío nunca de los presentimientos, pero en esta ocasión me descubro ante usted, coronel. En lo sucesivo, rectificaré de modo de pensar.

—Muy halagado, profesor —repuso secamente el coronel—, pero con ello no salvamos a los desdichados que están ahí dentro.

Bauer se acarició la mandíbula.

—Es muy probable que ya no podamos hacer nada por ellos, coronel. De modo que, lo que ahora nos interesa más es pescarlos vivos.

—¿A quién?

—A esos seres de otro planeta, naturalmente. ¿Se da cuenta de lo que está pasando, coronel? El hallazgo más sensacional de todos los tiempos. Ni la invención de la pólvora, ni la de la imprenta, ni el descubrimiento de América, igualan en...

—Alto ahí —refunfuñó Quiroga, la mar de fastidiado—. Dos de mis hombres se encuentran al otro lado de la puerta, no sé si vivos o no, pero he de hacer todo lo posible por salvarlos.

—Tendrá que usar algo más que de una simple pistola —dijo Carton —. Las balas rebotan en su cuerpo. *Yo lo vi.*

—Muy bien. —De momento obedecieron. Quiroga alargó la mano para asir el pomo de la puerta, pero antes de que pudiera tocarla, ésta se abrió.

Un rostro horrendo apareció en ella, emitiendo agudísimos chillidos que destrozaban los tímpanos. El coronel, instintivamente, alzó la mano y apretó el gatillo un par de veces.

Pero una garra verdosa, disparada con la velocidad del relámpago, se estiró como si fuera de goma, arrebatándole el arma. Luego la volvió contra los presentes.

Se organizó un espantoso barullo. Todos huyeron de los disparos que les hacía aquel ser lanzando gritos de espanto. Y si el coronel sobrevivió, se debió principalmente al hecho de que, en cuanto sintió que la pistola le era arrebatada, se arrojó a un lado, recordando sus buenos tiempos del rugby universitario. Las balas se estrellaron contra la pared frontera y cuando el monstruo hubo acabado la carga de la pistola, volvió a cerrar la puerta con seco estruendo.

Alguien corrió hacia allí con una pistola ametralladora en las manos. El arma tableteó ensordecedoramente, acribillando la puerta y haciendo volar las astillas en todas direcciones. Quiroga corrió hacia aquel enfurecido teniente Albany.

—¡Repórtese, teniente! Hay dos de los nuestros en la sala de transmisiones, ¿o no lo recuerda?

—¡Es igual! —exclamó Albany, cuyos ojos parecían salírsele de las órbitas—. A estas horas, esos malditos bichos ya los habrán matado y…

—Debemos apresarlos vivos —terció Bauer—. Nuestra contribución a la ciencia…

—¡Un cuerno! —masculló Quiroga—. ¿Cómo quiere que los pesquemos, profesor? ¿Con una red de seda?

De pronto alguien lanzó un grito.

—¡Cállense! ¡Están haciendo algo ahí dentro!

Se hizo el silencio unos momentos. Unos ruidos salieron hacia el

exterior, a través de los agujeros de la madera. Quiroga se arriesgó a mirar.

Pero no vio otra cosa que dos cuerpos humanos tendidos en el suelo. Le pareció que, al igual que Wheeler y Condrillac no habían sufrido daño alguno.

Pero entonces, uno de los reptiles apareció de pronto en su campo visual, caminando hacia la puerta, y Quiroga dio instintivamente un salto atrás. Sin embargo, en la décima de segundo que había durado la visión, había tenido tiempo suficiente de advertir algo que le dejó estupefacto por completo.

—¡Cielos! ¡No son unas bestias! ¡Son seres con inteligencia! *¡Con muchísima inteligencia!*

Bauer emitió un juramento típicamente germánico.

—¡Donnerwetter![2] ¿Qué dice usted, coronel? ¿Está seguro de lo que afirma?

—¡Y tan seguro! Llevaba en sus manos, si es que puede llamárselas así, un condensador de alta frecuencia.

—¡No! —gritó Bauer, pero inmediatamente se rectificó—. Acaso lo haya cogido como lo cogen los monos, para juguetear.

—Sea lo que sea, yo no estoy dispuesto a consentir que la cosa dure un solo minuto más. ¡Albany!

—¡A la orden, señor!

—Vaya a los hangares con dos de sus hombres y tráiganse cada uno de ustedes una antorcha-fuelle de las que utilizamos para calentar los motores. ¡Veremos, puesto que las balas no parecen hacerles nada, si el fuego les convence de que deben portarse como las personas decentes!

—¡Al momento, señor! ¡Lowry, Garrity! ¡Síganme inmediatamente!

Bauer se aproximó de nuevo a Quiroga.

—En nombre de la ciencia, coronel, le recuerdo que debe tratar de atrapar vivos a esos seres, con mucha mayor razón, si, como dice usted, son poseedores de una elevadísima inteligencia.

Quiroga apretó los labios, y no dijo nada. Aguardó impaciente la

llegada de Albany y sus dos hombres, pero cuando esto sucedió, y antes de que pudieran hacer nada, el megáfono soltó una serie de ladridos.

—¡Coronel Quiroga, coronel Quiroga, venga urgentemente a la enfermería!

El comandante de la base soltó una maldición. Luego ordenó:

—Albany, no se muevan de aquí por nada del mundo. Vigilen bien y cuiden que esos seres no se escapen.

—Sí, señor.

Quiroga voló, más que corrió, hacia la enfermería, penetrando en ella como un huracán. El médico le salió al paso.

—¿Qué ocurre, doctor?

—Venga conmigo, coronel —respondió el aludido.

Quiroga obedeció. Vio a los dos primeros atacados, Wheeler y Condrillac, tendidos en sendos lechos. Su dedo índice señaló el costado de Condrillac, en el cual se veía un ligerísimo abultamiento, aparte de una delgada raya de color rosado, como una cicatriz todavía tierna.

—¿Ha oído usted hablar de las avispas que atrapan arañas y depositan en los cuerpos de sus presas los huevecillos que ponen, después de insensibilizar los centros nerviosos con un certero aguijonazo?

Los ojos del coronel se dilataron de asombro y horror al mismo tiempo.

—¡Cielos, no! Doctor, eso sería demasiado horroroso para estos desgraciados.

—Me temo que ya es demasiado horroroso para Wheeler y Condrillac —dijo suavemente el médico—. ¿Y quién sabe también si no les sucede lo mismo a Parkinson y McLaurin, coronel?

El pesado silencio del desastre se abatió sobre ellos. Fuera, la tormenta continuaba rugiendo implacablemente, arremolinando sin cesar millones y millones de minúsculas partículas de nieve y hielo.

CAPÍTULO IV

Pero el coronel Quiroga no era hombre que perdiera el tiempo cuando algo urgente reclamaba su atención, y ese algo urgente era la presencia de los dos monstruos encerrados en la sala de transmisiones.

Ésta no tenía otra entrada que la puerta vigilada, pues el tubo de acondicionamiento de aire era demasiado estrecho para que cupiera por él ser alguno de tamaño superior al de un conejo. Los habitantes de la base no podrían entrar, pero los otros tampoco podrían salir, de modo que la cosa, tal como pensó el coronel, estaba en tablas.

Volvió al mismo sitio, después de encomendar al médico que hiciera todo cuanto pudiera por Wheeler y Condrillac, dejando, además, cuatro hombres de guardia, armados con carabinas automáticas de alta velocidad de tiro.

Una vez en la puerta de la sala de transmisiones, se encaró con el teniente y los demás que había allí.

—Muchachos —dijo—, está ya fuera de toda duda que nos hallamos en presencia de unos extraños seres que no han nacido en la Tierra. Puesto que tienen inteligencia, lo ideal sería ponernos en contacto con ellos, pero no parecen haber llegado con lo que se dice ideas amistosas. Debemos, pues, destruirlos antes de que sigan causando más daños.

Deliberadamente quiso omitir el coronel lo que les sucedía a Wheeler y Condrillac, para no provocar una repentina desmoralización en la base que les condujese a un auténtico desastre. Escrutó el rostro de sus hombres y halló en ellos la más completa aprobación a sus palabras.

—Es lo que deberíamos haber hecho desde un principio —dijo Albany, ceñudo, oprimiendo nerviosamente su antorcha—. Sabe Dios lo que habrá sido de Parkinson y McLaurin.

Quiroga sí lo sabía, pero se cuidó muy bien de decirlo. En su lugar, murmuró:

—Atención, muchachos. Cuando esté la puerta abierta, las antorchas que funcionen, ¿estamos?

Hubo unos nerviosos gestos de general asentimiento. Después, un segundo de silencio, quebrado súbitamente por el estallido de la puerta al abrirse con terrible violencia a consecuencia del tremendo

puntapié que le había propinado el coronel.

Los dos monstruos se volvieron rápidamente. Quiroga hubiera jurado, que les estaban aguardando.

—¡Duro con ellos, muchachos! —gritó el teniente Albany, precipitándose valientemente dentro de la estancia.

Una larga lengua de fuego blanco azulado brotó al instante de la antorcha-fuelle, silbando estruendosamente.

La blanca llama medía al menos dos metros de largo y era capaz de fundir el metal. Amparado en ella, Albany avanzó un par de pasos hasta situarse a menos de tres metros de distancia de aquellos dos seres extraños, cuyas rojas pupilas, de múltiples facetas, le contemplaban con odio sin límites.

Pero entonces ocurrió algo muy extraño. La lengua de fuego se quebró súbitamente, como si una invisible tijera la hubiera cortado a la mitad de su longitud o como si se estrellara contra un muro de infusible vidrio. El coronel Quiroga abrió la boca estupefacto.

Teóricamente, la terrible potencia ígnea de la llama tenía que haber alcanzado a los monstruos extraterrestres, pero, en la realidad, no sucedía así, ya que el fuego se detenía a cosa de medio metro de aquellos seres, los cuales permanecieron impasibles, sosteniendo entre sus garras unos extraños aparatos, que el coronel reconoció como pertenecientes a la base, pero modificados en una forma que no había visto jamás en su vida.

Los soldados Lowry y Garrity avanzaron también provistos de sus respectivas antorchas, quemando el aire con la ardiente llama cuyo resplandor dañaba las pupilas. El calor se hizo repentinamente intolerable.

Pero también aquellas llamaradas fueron cortadas. Hubo un momento de patética confusión, durante el cual, los gritos y las imprecaciones de todo género se sucedieron desordenadamente. Albany y sus dos hombres, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, retrocedieron.

El teniente Albany soltó una terrible maldición. Volvió a la carga, llegando casi a tocar con las manos a los monstruos, dando a la llama oxiacetilénica toda la potencia posible. Pero, a medida que avanzaba, *el fuego se acortaba*.

—¡Esto no puede ser, coronel! —aulló Albany loco de ira.

Cortó el fuego y el insoportable chillido de la llama cesó al instante. Albany tomó el artefacto con ambas manos, y lo levantó sobre su cabeza. Lo arrojó con todas sus fuerzas hacia uno de los monstruos extraterrestres.

Entonces ocurrió algo increíble. No se veía nada, ni siquiera el menor obstáculo que separase a los humanos de aquellos horribles seres. Pero la antorcha pareció rebotar contra una sólida pared, no por invisible menos efectiva, y el artefacto cayó al suelo con metálico ruido.

Por un momento, el coronel Quiroga cerró los ojos.

—¡Oh, no, no, Dios mío! ¡Esto es ya demasiado!

Después los abrió. Los monstruos seguían allí impasibles, seguros tras la barrera de desconocida materia que habían levantado, sosteniendo siempre aquellos aparatos en sus manos. Al coronel le pareció incluso que sonreían despectivamente.

—¡Una carabina rápida, pronto! —pidió, empezando a notar la inestabilidad de su mente.

Alguien se la entregó. Quiroga tiró del cerrojo, soltándolo luego, y acto seguido, se apoyó el arma en la cadera.

No fue una detonación o una serie de detonaciones lo que se oyó, sino un prolongado rugido, formado por la continuidad de las explosiones. Las balas chillaron horrísonamente al rebotar contra el transparente muro protector que tenían los monstruos ante ellos. Se vio perfectamente cómo los proyectiles se detenían en el aire, deformándose por el choque, y luego caían al suelo, con siniestro ruido de metálico granizo, tan inservibles como si en lugar de ser de plomo, forrados de acero y níquel, hubieran sido de blanda arcilla.

—¡No podemos con ellos! —gimió alguien. Y entonces, uno de los monstruos avanzó tranquilamente un par de pasos.

Los gritos de Quiroga resultaron inútiles. Hubo una desbandada general. El único que supo dominar sus nervios fue Jimmie, quien se quedó valientemente al lado del coronel.

Habiendo agotado las municiones, Quiroga tomó la carabina por el cañón, levantándola en alto y disponiéndose a la defensa. Pero no ocurrió nada de lo que él temía. El monstruo llegó a la puerta y la cerró, después de lanzar un par de agudísimos chillidos, de distinta modulación, que casi atontaron al coronel y a Jimmie.

Quiroga se quedó estupefacto. Tanto, que aflojó los dedos de las manos y el arma cayó al suelo ruidosamente.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Jimmie, sin poderse contener —. ¿Se ha dado usted cuenta de lo que ha hecho ese pajarraco?

Quiroga dejó que una pálida sonrisa asomara a sus labios.

—Sí. Con toda la buena educación posible, nos ha dicho que quieren estar solos.

Albany, un tanto avergonzado por su momentánea cobardía, volvió junto a ellos, con alguno de sus hombres. Dorsey, el fotógrafo, y Steve, el sismólogo, estaban entre ellos.

—¡Pero es que dos de los nuestros están ahí, señor! —objetó Jimmie.

Quiroga sonrió amargamente.

—Lo sé, hijo, lo sé; pero ¿quieres indicarme algún medio para sacarlos de ahí?

—¡Debiéramos...! —dijo Albany, muy excitado, pero se calló al instante.

También él comprendía la inutilidad de sus esfuerzos.

—Coronel —dijo de pronto Dorsey—, ¿es que vamos a dejarnos dominar por dos pajarracos de ésos?

—Si me indica usted el medio de dominarlos, tendré mucho gusto en ponerlo en práctica, Dorsey. Hemos usado todo cuanto tenemos a mano, y lo único que acaso pudiera destruirlos es un proyectil de Marina de grueso calibre. Pero, ¡claro está!, no disponemos de ese proyectil en estos momentos.

—Bien, señor —dijo Albany—, lo que acaba usted de decir indica que estamos a merced de los monstruos, ¿no?

Quiroga se rascó la mejilla con el pulgar.

—Yo diría que las cosas han quedado, momentáneamente, en un *statu quo* para ambos bandos contendientes. Es decir, lo mismo que antes de que nuestros enemigos se encerraran ahí.

—¡Y para colmo están en la sala de transmisiones! —estalló Albany—. Nos hallamos bloqueados, sin la menor posibilidad de pedir auxilio.

—Acaso no nos sirviera ya de nada cuando llegase —sugirió el coronel, y todos se estremecieron.

Una voz untuosa se oyó entonces.

—Será difícil, muy difícil, poder hacer algo efectivo contra esos seres, coronel —dijo el profesor Bauer, y todos se volvieron a mirarle instintivamente.

—Lo hemos comprobado prácticamente, profesor —dijo el coronel—. Pero ¿qué podemos hacer?

—Nada, coronel, sino aguardar. Habrá podido darse cuenta de que la inteligencia de esos seres es algo realmente excepcional. En pocos momentos, y utilizando nuestros propios aparatos, unos aparatos que, todo hay que reconocerlo, no han visto jamás antes de ahora, se han creado una barrera efectiva, contra la cual, como usted apuntó antes con toda exactitud, sólo puede utilizarse un proyectil de quince pulgadas.

—¿Qué es lo que habrán puesto delante de ellos, profesor? —inquirió el coronel.

—No lo podemos saber con certeza, coronel —repuso Bauer—; pero, en mi opinión, muy bien pudiera tratarse de una barrera electromagnética provocada por el funcionamiento de los aparatos que han construido basándose en los que han encontrado ahí adentro.

—Pero eso precisa de una cantidad terrible de energía, profesor, suponiendo que sea lo que usted está diciendo. Y además, en mi opinión, sólo podría detener las balas, que son de metal; nunca un chorro de llama a tres mil o más grados de temperatura.

Bauer se encogió de hombros.

—En tanto no podamos comunicarnos con ellos, no conseguiremos saberlo, coronel.

—¿Comunicarnos? ¿Y cómo, quiere decirme? No me importaría ser su amigo, siempre que ellos lo fueran; pero atacaron sin darnos tiempo al establecimiento de relaciones diplomáticas —terminó Quiroga con fina ironía.

—Tampoco podemos dejarles ahí quietos, haciendo lo que les venga en gana, señor —terció Albany con vehemencia—. ¿Quién sabe si no nos están preparando alguna trampa mortífera para liquidarnos a

todos?

La sugestión del teniente puso los pelos de punta a todos los circunstantes. Pero Bauer impuso un poco de orden.

—Creo —dijo meditativamente— que ellos también deben de estar un poco asustados. A fin de cuentas, si su defensa es fuerte, nuestras armas no son de despreciar.

—¡Pero las balas rebotan en su cuerpo, profesor!

—Posiblemente, puesto que usted lo dice, pero de todas formas, hay que contar con que la llama de las antorchas-fuelle les habrá asustado un poco.

—¡Asustar! ¡Ni siquiera se movieron, profesor! —resopló despectivamente Albany.

Quiroga le llamó al orden.

—¡Cállese, teniente! Está bien, profesor; es como usted dice: no podemos hacer nada, pero a lo que vemos, ellos tampoco pueden salir de ahí. Dejaré un piquete de vigilancia para que dé la alarma en caso de que intenten salir.

—Pero que no disparen contra ellos, coronel. Esos seres me interesan muchísimo... vivos.

—¿Por qué no va usted y entra? —gruñó Quiroga—. ¿Cree que si hubiéramos podido atraparlos vivos, no lo hubiéramos hecho? Pero ellos comenzaron por el ataque, y si no, que lo diga Jimmie, que estaba de guardia cuando esos dos angelitos salieron del cascarón.

—Se me echó encima y si no ando listo, me degüella —adujo el citado —. ¿Por qué no intentó algún gesto amistoso? Yo no le hice nada, créame, profesor.

Bauer agitó las dos manos.

—Está bien, está bien —dijo—. Pero aquí no hacemos nada sino hablar de un modo totalmente inútil. Muy bien, coronel, váyase; yo me quedaré con el piquete de vigilancia. No los he visto de cerca, de modo que si estos tipos asoman la nariz, me gustará echarles un vistazo.

—De acuerdo, profesor. Y cuando los pesque, avíseme; procuraré

traerle una pecera para que los guarde dentro. ¡Albany!

—Sí, señor.

—Nombre los hombres que se han de quedar de guardia, pero que, en todo caso, si las ven mal dadas, que se larguen. No quiero arriesgarme a sufrir más bajas, ¿me entiende?

—De acuerdo, señor. Lowry, Garrity, Stanford, Klopka, aquí hasta que os envíe gente para el relevo.

Quiroga se dispuso a alejarse de aquel lugar, cuando en aquel preciso momento se oyó la voz del médico a través de los megáfonos.

—Coronel, por favor, venga a la enfermería. Es muy urgente.

Quiroga echó a correr hacia el lugar señalado, seguido de cerca por el teniente, Jimmie y Ted. Pero al llegar a la puerta de la enfermería, el propio doctor Álvarez se asomó.

—Entre usted solo, coronel. De momento es conveniente que nadie más vea lo que ocurre.

Quiroga asintió, muy intrigado. Albany y el resto se quedaron allí, haciéndose mil cábalas y conjeturas acerca de la suerte que podían estar corriendo sus compañeros Wheeler y Condrillac.

Álvarez llevó al coronel hasta la cabecera de los enfermos. Quiroga abrió los ojos, terriblemente estupefacto al ver la suerte que estaban corriendo los dos infelices.

Los cuerpos de éstos aparecían totalmente cubiertos de sudor, como si estuvieran ejecutando alguna labor muy penosa. Tenían los rostros enrojecidos, y de vez en cuando, con relativa frecuencia, se agitaban espasmódicamente, pero con relativa suavidad, con movimientos apenas perceptibles. Los dos tenían los ojos fuertemente cerrados, como si quisieran evitar captar alguna horrenda visión con sus pupilas.

—¿Qué les ocurre, doctor? —inquirió Quiroga aturdido.

En lugar de contestar, el médico echó las sábanas hacia abajo, de dos enérgicos tirones. Su mano señaló los respectivos costados de los durmientes. Los ojos horrorizados del coronel contemplaron algo que, de momento, reputó de imposible. Pero era real y posible, por muy espantoso que pudiera parecerle.

Wheeler y Condrillac tenían los costados muy inflamados, como si padecieran un tumor de especie desconocida. Aquel trozo de sus anatomías aparecía de un siniestro color blanquecino, grandemente abultado y, por lo que pudo apreciar Quiroga, bastante blando al tacto, pero enormemente sensible. Tocó una de aquellas protuberancias con la yema del índice y Wheeler se estremeció horriblemente.

—¡Dios santo! Doctor, dígame, ¿qué es esto?

El médico apretó los labios.

—¿No recuerda lo que le dije antes acerca de las arañas y las avispas? Éstas depositan los huevos en los cuerpos de sus presas, las cuales están insensibilizadas, con el objeto de que, al nacer las larvas, tengan alimento en abundancia y puedan sobrevivir. Ahora...

Sin poderse contener, Quiroga retrocedió un par de pasos, señalando con un tembloroso dedo índice al enfermo.

—¿Está comparando... doctor... a Wheeler con... una araña...? ¿Son esos monstruos... las avispas...?

El médico afirmó enérgicamente.

—Sí, coronel, por más increíble que pueda parecerle. Y esos sufrimientos que se ven en los cuerpos de Wheeler y Condrillac son motivados por las larvas de esos monstruos que han salido de su huevo *y los están devorando*.

—¡Oh, no, no, Dios Todopoderoso! ¡Sería demasiado, doctor!

—No es demasiado, sino la pura verdad, coronel.

—¡Opérelos entonces! ¡Arranque esas malditas larvas del cuerpo de esos infelices! ¡Haga que vivan!

Pero el médico meneó pesarosamente la cabeza.

—Me temo que ya es tarde, coronel. Seguramente, las larvas han causado tales destrozos en su interior, que no es posible una recuperación quirúrgica de Wheeler y Condrillac. Para decirlo en dos palabras, están condenados a muerte.

—¡Condenados a muerte! —repitió Quiroga, espeluznado—. ¡Y no podemos hacer nada para salvarlos!

—Dé gracias —rió amargamente Álvarez—, que sólo ha caído un par de meteoritos en la base y que…

Quiroga dio un respingo al oír las palabras del médico.

—¡Dos meteoritos! ¡Cielos, si me había olvidado de la otra esfera! ¡Albany, Jimmie! —gritó, precipitándose hacia la puerta de la enfermería—. ¡Vengan conmigo! ¡Busquen armas, antorchas-fuelle, lo que sea! ¡Hay otro monstruo a punto de surgir del cascarón!

Todos corrieron como locos hacia el comedor general, donde había quedado la otra esfera, provistos de las armas que había indicado el coronel. Penetraron en alud en el comedor, deteniéndose instintivamente a pocos metros de la siniestra y enorme esfera.

Quiroga fue el primero en acercarse a ella muy lentamente.

Jimmie, armado con una antorcha le siguió, contemplándola con fijeza, como si ya estuviera viendo al monstruo.

—Tengan cuidado, muchachos —dijo el coronel—. Estamos en presencia de uno de los seres más mortíferos y despiadados que hemos conocido jamás. No quiero que haya más víctimas, ¿me comprenden, muchachos?

Quiroga guardó una leve pausa de silencio y luego añadió:

—No he querido decírselo hasta ahora, por no alarmarles, pero creo mi deber ponerles al corriente de lo sucedido. —Inspiró aire y concluyó—: Mucho me temo que hayamos de considerar como definitivas las bajas que por desgracia, hemos sufrido hasta ahora.

Las palabras del coronel provocaron una explosión de diversos sentimientos entre quienes le estaban escuchando. Albany perdió los estribos y estalló:

—Entonces, ¿por qué no destruimos a esta fiera ahora mismo, aquí, dentro de su huevo, ahora que no puede defenderse? Quemémosla…

Pero le interrumpió a media frase un grito de Jimmie.

—¡Cuidado! ¡La esfera se abre! ¡Apartémonos del monstruo!

Todos retrocedieron un par de pasos, instintivamente, aprestándose a la defensa. La dura cáscara crujió estridentemente, abriéndose numerosas grietas en ella. Fragmentos enteros cayeron al suelo.

Quiroga, aun sabiendo que iba a ser perfectamente inútil, levantó el cañón de su carabina rápida, apuntando al huevo.

La esfera acabó por romperse, yéndose sus trozos uno por cada lado. Las manos del coronel se crisparon sobre el disparador del arma, al mismo tiempo que las bocas de dos antorchas-fuelle apuntaban rectamente al ser que, con infinita lentitud, iba surgiendo ante los asombrados ojos de los emocionados espectadores.

Una mano asomó, apartando más trozos de cáscara. Bastó aquella visión para que sonara un grito unánime.

—¡Es una mujer!

El coronel Quiroga sintió que las piernas se le doblaban. El arma le resbaló de los dedos sin fuerza al suelo. Ciego, a tientas, buscó una silla en la cual sentarse y recuperar el aliento perdido después de lo que acababa de sufrir.

—¡Oh, no, Dios mío! Esto ya es demasiado. Yo me voy a volver loco si todo lo que nos sucede no tiene explicación.

Arrojando trozos de cáscara al suelo, una bellísima mujer surgió ante los atónitos ojos de los espectadores, contemplándolos con sus hermosas pupilas, también enormemente dilatadas por un infinito asombro.

CAPÍTULO V

El coronel Quiroga creía estar viviendo una pesadilla, y no estaba muy seguro de hallarse completamente despierto.

—¿Alguno de ustedes... —balbució— quiere darme una buena patada, en... en una rodilla... a ver si me despierta...?

Pero nadie le contestó. Todos cuantos allí se encontraban estaban tan asombrados y tan estupefactos como él, y no acababan de dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo.

—¡Una mujer! —exclamó el teniente cuando pudo hablar.

—¿No será algún espectro? —musitó débilmente Ted Blake.

—En todo caso, sería el fantasma más hermoso que he visto en mi vida —dijo Jimmie con toda falta de lógica, pues no había visto ninguno.

—¿No será ésta la auténtica Miss Universo, coronel?

Pero el comandante de la base no tardó en rehacerse. Poniéndose en pie, avanzó al encuentro de la bella desconocida.

Ésta vestía únicamente una especie de mono de un tejido de singular belleza, hecho con unos hilos que más parecían de un metal precioso como el oro que de otra cosa, y que le cubría todo el cuerpo, calzando una especie de sandalias de singular factura. Tenía el cabello rubio, brillante, muy corto, y sus pupilas de color verdoso relucían con tenue fosforescencia. La ropa que llevaba no podía ocultar totalmente la innegable esbeltez de su cuerpo, de notable estatura.

Ella también dio un paso hacia delante, contemplando al coronel con ojos muy extrañados. Abrió la boca, dejando ver, a través de sus rojos labios, una doble hilera de blanquísimos dientes, y habló algo, en una lengua totalmente desconocida para los habitantes de la base, pero, no obstante, de extraños y agradables tonos musicales.

Quiroga se estremeció.

—¡Es increíble! —dijo—. ¡La entiendo a usted! ¡Es la primera vez que la oigo hablar y, sin embargo, comprendo lo que me está diciendo!

—Y yo también, coronel —dijo Albany, estupefacto, y lo mismo los demás.

—¿Cómo puede ser eso, señor? —inquirió Jimmie.

Ella volvió a hablar y todos percibieron claramente su respuesta, pero en el interior de sus respectivos cerebros, la explicación llegó clara, diáfana, en un revelador segundo de tiempo.

—¡Telepatía! —gritó Quiroga.

—Eso es —sonrió la bella desconocida—. Telepatía es el nombre que dais en vuestro idioma a la transmisión mental de las ideas.

Ella continuaba hablando y sus palabras eran ininteligibles sonoramente, pero el cerebro de los terrestres las traducía perfectamente.

—¿Quién eres tú y de dónde vienes? —inquirió el coronel, al cabo de unos momentos.

—Mi nombre es Areen —contestó ella—, y procedo de un mundo que fue al que nosotros dábamos el nombre de Wigor, que en nuestra lengua significa Quinto Planeta.

—¡Quinto Planeta! —exclamó Quiroga—. ¿De qué Sistema?

—Nosotros le llamábamos Sistema de la Estrella. Tenía diez planetas y el nuestro estaba situado entre el Cuarto y el Sexto. Un día, por causas fáciles de comprender, la falta de resistencia a la tensión gravitacional de los planetas Cuarto y Sexto, Wigor estalló, fragmentándose en infinidad de trozos, que se esparcieron por el espacio, causando la muerte de innumerables millones de personas. He de añadir, que todos esos fragmentos debieron continuar, aproximadamente en la órbita del planeta de que procedían...

Los ojos del coronel se dilataron desmesuradamente.

—¡Ya está! Ahora se comprende la formación del cinturón de asteroides que existe entre Marte y Júpiter. He aquí la solución de un problema que ha apasionado durante siglos a los astrónomos.

—¿Pertenecéis vosotros a nuestro sistema? —inquirió Areen, muy sorprendida.

—Sí —replicó Quiroga, rotundamente—. Antaño hubo diez planetas en el sistema; hoy, con tu explicación, acabamos de saber por qué en la actualidad sólo hay nueve.

—¿Qué planeta es el vuestro?

—El Tercero —contestó el coronel, no sin una leve nota de orgullo en la voz—. El Tercero, pero nosotros lo llamamos Tierra.

—Tierra —repitió Areen, meditabunda—. Entonces vuestra raza debe de ser aún muy joven.

—Pues... acaso. ¿Por qué lo dices, Areen? —inquirió Quiroga, tuteándola inconscientemente.

—En el tiempo en que nuestro mundo estalló, en el vuestro no había aún síntomas de vida inteligente.

—¿Quiere decir eso que conocíais la navegación espacial, Areen? —

preguntó Quiroga estupefacto.

—En Wigor, sí —contestó ella—. Era una ciencia ya notoriamente adelantada.

—Entonces, ¿por qué no tratasteis de salvaros huyendo todos antes del desastre?

—Porque no había naves suficientes para todos. Y entonces, los wigorianos recurrieron al viejo ardid de su raza para salvarse.

—¿Los ovoides? —inquirió Jimmie.

—¿Eres tú una wigoriana? —preguntó el coronel.

Los ojos de Areen expresaron un profundo horror y asco al mismo tiempo. Sacudió enérgicamente la cabeza, denegando.

—No. Los wigorianos eran la raza dominante en el planeta y la que nos tenía a todos los demás que no éramos sus congéneres, sojuzgados de una abyecta manera.

—Deben ser esos pajarracos que tenemos ahí, coronel —dijo con sorna Ted Blake.

Quiroga prosiguió:

—¿De qué manera pensaban salvarse, Areen?

—Tú lo has dicho, habitante del Tercer planeta. Los wigorianos, viendo próximo el desastre, se encerraron en sendos ovoides, que luego fueron incrustados en la roca, quedando en su interior suspendida la vida anímica, sin llegar a cortarla definitivamente, en espera de que pudieran resurgir de nuevo a la luz. Este trabajo fue ejecutado por unos cuantos wigorianos, con la ayuda de máquinas potentísimas, de gran capacidad de maniobra y rapidez de producción. Cuando se hubo asegurado la vida del mayor número de wigorianos posibles, los que habían realizado la labor huyeron en las escasas naves siderales disponibles. Como digo, la navegación espacial se conocía, pero no hasta el punto de que cada uno de nosotros pudiera disponer del aparato correspondiente.

—O sea, que en aquellas naves huyeron los, digamos, de más alta condición social, ¿no es así?

Areen asintió y luego dijo:

—No sé qué habrá sido de ellos. Acaso morirían…

—En todo caso, si alguna expedición llegó aquí, huyendo del cataclismo, no debió sobrevivir, porque ésta es la hora en que aún hayan de encontrarse rastros de la misma —murmuró el coronel—. Sin embargo, Areen, has de saber que dos de los wigorianos han llegado ya a nuestro planeta.

La joven se estremeció.

—¿Es cierto lo que me dices?

—Desgraciadamente, no puede ser más verdad. Han atacado a cuatro de los nuestros y dos de ellos, por lo menos… Pero, prefiero no contártelo, Areen; es demasiado horrible para…

Ella sonrió tristemente.

—¿Qué me vas a decir a mí de las espantosas costumbres de los wigorianos? Mi padre, dos hermanos y muchos amigos, murieron a manos de esas bestias ávidas e insaciables. Y yo… y yo estaba destinada al mismo fin.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, Quiroga tomó una silla, en la cual sentó a la muchacha, cuyos ojos aparecían empañados por las lágrimas. Al cabo de un rato, cuando la vio más calmada, preguntó:

—¿Acaso los wigorianos eran una raza guerrera, que siempre andaba buscando batalla?

—Oh, no en realidad —contestó ella—. Les bastaba con el poder de sus armas y sus máquinas para tenernos a raya y hacer de nosotros lo que les viniera en gana. Prácticamente, éramos sus esclavos, sin derecho siquiera a la vida.

Quiroga se frotó la mandíbula.

—Pues, entonces, la verdad, me extraña cómo a ti te respetaron la tuya. Porque tú, Areen, según el módulo terrestre, eres bellísima; pero a esos bichos, tu hermosura no les debe impresionar lo más mínimo.

—Y no les impresiona, en realidad —contestó ella tranquilamente—. ¿Qué impresión puede causarles un ser que está destinado a convertirse en su alimento?

Quiroga se levantó de un salto, derribando la silla, al mismo tiempo que soltaba una ahogada exclamación.

—¡No puede ser! —exclamó, requiriendo luego su carabina rápida y encañonando a la muchacha—. ¡Tú, alimento de esas inmundas bestias!

Areen no se inmutó por la actitud del coronel.

—Yo —dijo—, y miles de personas más como yo, cuyas funciones vitales fueron suspendidas y encerradas dentro de una roca. Los wigorianos debían tener alimento para cuando, un día, llegasen a un mundo en el cual pudieran sobrevivir.

—Ahora lo comprendo —exclamó el coronel. Bajó la carabina—. Pero... ¿no te habrán... no te habrán...? Oh, claro que no; de lo contrario, te hallarías en estado inconsciente, como dos de los nuestros.

Areen palideció.

—¿Dos de los tuyos, dices? ¿Es que hay wigorianos aquí?

—Sí. Ya te lo dije antes. Y las crías... o lo que sea, de esas bestias, están devorando el interior de los organismos de nuestros compatriotas.

Hubo una serie de exclamaciones de asombro y horror. Quiroga maldijo su locuacidad, que le había hecho revelar un secreto que debía haber ocultado hasta el momento oportuno.

—¿Qué ocurre, coronel? ¿Qué les está pasando a Wheeler y Condrillac?

Quiroga inspiró aire antes de decidirse.

—Está bien, muchachos; os lo diré. Nuestros compa...

Le interrumpió bruscamente el altavoz.

—¡Coronel Quiroga, preséntese urgentemente en la enfermería!

El aludido se puso en pie. Inició la marcha, pero se volvió un segundo, mirando a la muchacha.

—Si tú has vivido en Wigor, es indudable que conocerás a fondo sus costumbres, ¿no es así, Areen?

Ella afirmó con la cabeza. Quiroga sonrió.

—Muy bien, pues; indudablemente, el Cielo no podía habernos enviado mejor ayudante que tú. ¡Vamos! ¡Los demás, síganme y estén dispuestos a todo!

Cogiendo la mano de la muchacha, el coronel saltó de la estancia como un huracán, atravesando corredores y pasillos, hasta llegar a la enfermería. Allí se encontró al médico, a punto de desmayarse, sujetando fuertemente el pomo de la puerta.

—¿Qué le ocurre, doctor?

—Esos malditos bichos... —jadeó Álvarez—. Oh, qué cosa tan horrible, salieron de pronto, grandes ya, mirándome con sus pupilas inflamadas de odio...

—¿Y Wheeler? ¿Y Condrillac, doctor? —gritó Quiroga.

El médico meneó la cabeza.

—Es... es imposible hacer ya nada por ellos... Todo el interior de sus cuerpos ha sido devorado y...

El médico se interrumpió de pronto. Sus ojos se desorbitaron al señalar a la muchacha.

—¿De dónde la han sacado, coronel? —gritó, pareciendo que iba a perder la razón.

Quiroga le explicó en pocas palabras lo ocurrido. Álvarez dudó y se mostró reacio a aceptar la verdad, pero al coronel no le interesaban en aquellos momentos las explicaciones acerca de la joven. Preguntó:

—¿Están ahí dentro?

—Sí... —contestó el médico, sin separar los ojos de la muchacha—. Que yo sepa, no han conseguido salir y...

—Bien. —Se volvió el coronel hacia la muchacha—. Areen, ahí dentro se encuentran unos wigorianos. ¿Cuántos, doctor?

—Cuatro, coronel.

—Areen, ¿crees que podremos combatirlos con nuestras armas?

—Sí... pero no con ésas que lleváis. Estos wigorianos son aún muy

jóvenes e incapaces todavía de luchar, pero resistentes a los proyectiles que, sin duda, deben lanzar vuestras armas. Debéis utilizar algo más potente…

—¡Las antorchas, Albany! —ordenó secamente el coronel—. Teníamos tres; se precisa otra más todavía. Vamos a darles un buen escarmiento a esos bichos.

Unos minutos más tarde, llegaba la cuarta antorcha-fuelle, que tomó el propio Quiroga. Miró al médico y luego a la joven.

—Areen, échate a un lado. Doctor, abra la puerta. ¡Adentro, teniente!

El coronel fue el primero en abalanzarse en el recinto de la enfermería, detrás de una rugiente llama de más de dos metros de longitud. Por un segundo, sus pupilas captaron la horrorosa imagen de dos cuerpos inertes, destrozados, con unos enormes boquetes en sus costados, de donde habían salido aquellos extraños seres. Arroyos de sangre, al producirse la ruptura de la epidermis, habían corrido hasta el suelo, tiñendo éste y la ropa de las camas de un siniestro color escarlata.

Pero el coronel no perdió un segundo más en la contemplación de aquel espeluznante cuadro. Uno de los wigorianos captó al instante su atención.

Se arrojó sobre él, con la antorcha-fuelle silbando a toda presión. El extraño ser, cuyo tamaño era, aproximadamente de un cuarto del de los otros, unos treinta centímetros, se revolvió mirándole furioso. Saltó a un lado cuando la llama le azotó bruscamente, lanzando un agudísimo chillido. Nubes de verdoso humo, que exhalaba un pestífero olor, se escaparon de su cuerpo quemado.

Pero aún vivía y parecía poseer toda su vitalidad. Sus pupilas escarlatas miraron a Quiroga con odio sin fin, en tanto que trataba de huir de la abrasadora lanza de fuego. El coronel logró acorralarlo contra una esquina.

El pequeño monstruo chilló y se debatió horriblemente dentro de aquella mortífera corriente ígnea que alcanzaba varios miles de grados de calor. Al fin, estallando súbitamente, se convirtió en una verdosa nube de humo, que fue disipada lentamente por el sistema automático de ventilación de la estancia.

En los lugares opuestos, el teniente y otros habían conseguido dar caza a los wigorianos. Unos minutos más tarde, tan sólo un repelente hedor

y dos cuerpos humanos terriblemente destrozados en su interior, recordaban el paso de cuatro pequeños monstruos extraterrestres por aquel lugar.

Pero aún quedaban otros dos. Quiroga salió fuera de la enfermería. Cogió a la joven por un brazo.

—Areen, ¿conoces tú algún medio para luchar con los wigorianos?

Ella meneó la cabeza, con aire pesimista.

—A los de clases inferiores no nos dejaban tener acceso a las máquinas y artefactos por ellos ideados. Nos permitían, sí, una instrucción rudimentaria, pero nada más. Ya te he dicho que estábamos totalmente en sus manos.

El coronel se pasó una de las suyas por el rostro, bañado en sudor.

—Y a nosotros nos está ocurriendo lo mismo —dijo sombríamente.

En aquel momento llegó un soldado a todo correr.

—¡Coronel, coronel, venga, pronto! ¡Esos bichos se han escapado!

Quiroga se lanzó como una bala pasillo adelante. No tardó mucho en ver la puerta de la sala de comunicaciones abierta de par en par y al otro lado, los dos cuerpos de los infelices a quienes los wigorianos habían tomado por sorpresa, muertos, destrozados como lo estaban ya Wheeler y Condrillac. Aquello le dijo al coronel que cuatro nuevos wigorianos acababan de surgir a la vida y que sus «padres» habían huido, llevándoselos con ellos.

Antes de que pudiera hacer nada, vio en un rincón un orificio circular, con los bordes ligeramente quemados, practicado con absoluta limpieza. No sabía cómo lo habían conseguido, pero sí se dio cuenta del lugar adónde se dirigían aquellos feroces seres.

—¡Los tractores de nieve! —gritó—. ¡Pronto!

En aquel momento se oyó un grito agudísimo, cortado bruscamente. El coronel sintió que se le ponían los cabellos de punta.

—¡Es Singleton! —gritó alguien, y todos corrieron hacia los hangares.

Al llegar allí, se detuvieron, estupefactos y horrorizados. Uno de los soldados, el que habían dejado de guardia, yacía en el suelo, totalmente carbonizado, retorcido sobre sí mismo en una imposible

postura. Y por la abierta puerta del hangar penetraba, rugiente y bramador, el gélido viento de la tormenta, empujando dentro miles de copos de nieve. Las huellas de las orugas del Caterpillar sustraído iban siendo borradas poco a poco por la acción conjunta del viento y la nieve.

—¡Se fugaron! —dijo, abatido, desalentado por completo.

—Sí —contestó Areen, impasible—. Han huido con cuatro de sus crías. Y esos wigorianos pueden, gracias a su prolífica condición, reproducirse de tal manera, que lleguen a invadir y dominar vuestro planeta.

A pesar del intenso frío reinante, las palabras de Areen le causaron una intensa transpiración al coronel.

—Para lo cual, matarán a una enorme cantidad de gente —dijo.

—Exactamente —contestó la joven.

—¿Y no hay de verdad un medio para combatirlos? ¿No lo conoces tú, Areen?

—Hay uno —dijo ella, con los ojos iluminados—. Largo, difícil, indudablemente costoso, pero acaso el único eficaz.

—¿Y es…?

—Buscarlos en los asteroides y eliminarlos a todos.

El silencio se hizo de pronto en el hangar. Pero pronto se quebró por un aullido del gélido viento antártico, lúgubre, premonitorio, como siniestro augur de males sin cuento.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VI

La habitación era bastante grande y en un ángulo de la misma se veía una bandera, vertical, con el color azul de las N. U. En su centro había una mesa, de forma semicircular, en torno a la cual estaban sentados varios hombres, todos ellos vestidos de civil.

Frente a la mesa había otro grupo, constituido por todos los miembros de la base atacada por los wigorianos, grupo que estaba presidido por el coronel y Areen. A un lado se veía una mesita con trípode, encima de la cual había un proyector de cine, a través del cual se habían estudiado los films tomados en la base.

Los hombres situados tras la mesa componían una comisión nombrada por las N. U. para estudiar el problema planteado por la súbita irrupción en el planeta de aquellos seres que, sobreviviendo a través de los tiempos, habían caído en él de la forma más inesperada. La comisión deliberaba sobre la conveniencia o no de utilizar el plan sugerido por Areen para la destrucción de los wigorianos.

Después de varios días de arduas discusiones y largos interrogatorios a todos y cada uno de cuantos habían estado presentes en los sucesos ocurridos en la base, la comisión había llegado ya al punto culminante, en el cual había de tomar su decisión definitiva. Quiroga y Areen, inquietos, anhelantes, miraban a la docena de comisionados, aguardando con impaciencia el veredicto final.

—Hay una cosa de la que no estoy totalmente convencido —dijo de pronto el ruso Simonov, rompiendo el largo silencio que había reinado en aquel lugar—. La mujer. ¿Quién es capaz de asegurarnos firmemente que también nació en el Quinto Planeta?

—Yo, señor —dijo enérgicamente el coronel—. Yo y mis compañeros, que la vimos salir del ovoide en que estuvo encerrada durante tantos siglos. Además, están las pruebas fotográficas...

—Pudieron ser amañadas —sonrió untuosamente el comisionado francés, Valiant—. Hay trucos fotográficos que...

El fotógrafo de la base, Dorsey, se puso en pie.

—Perdóneme, señor, que le contradiga, pero eso no ha podido suceder

porque en todas las vistas se utilizan, allí cuando menos, película «Unichromátic-uniphoto». Ya sé a lo que se refiere usted, señor, pero con este material no hay modo de utilizar las transparencias ni las impresiones sobre una escena ya tomada con anterioridad. Si se hiciera tal cosa, la película se velaría por completo. No sé si habré sabido explicarme…

—Le hemos entendido a usted —dijo pausadamente el presidente de la comisión, Barbosa-Roucas, portugués—. Eso quiere decir que tal clase de material sólo se puede utilizar la primera vez, ¿no es así, Dorsey?

—Exactamente, señor —contestó el fotógrafo, muy aliviado.

—Está bien, Dorsey, siéntese. Señores —dijo el presidente—, ¿hay quien desee hacer alguna pregunta más?

Una mano se levantó en la esquina de la mesa. El oscuro rostro del delegado de Ghana, John Gombo dejó escapar una suave sonrisa.

—Yo, caballeros, y la pregunta es ésta: ¿Tenemos precisión absoluta de combatir a esos seres de la forma en que se ha sugerido? La navegación interplanetaria es actualmente costosa y difícil de mantener. Las naves son relativamente escasas, como lo son los miembros de la dotación, cuyo entrenamiento e instrucción necesita grandes cantidades de tiempo y dinero. Por otra parte, si las empleásemos en la forma sugerida, numerosas espacio líneas se quedarían sin tránsito, obstaculizando, como es lógico, el suministro de preciosas materias primas a nuestro planeta, materias primas que, obvio es decirlo, nos son indispensables. A mi modo de ver —concluyó el Honorable Gombo—, debiera tratarse de buscar otro medio de combatir eficazmente a los wigorianos.

El delegado español, López de Juan, se puso en pie. Tenía unos documentos en las manos y se caló las gafas para leerlos.

—Permítanme recordarles, caballeros, unas cifras que acaso ya estén olvidadas en las mentes de todos. En los últimos seis meses han caído, en los Estados Unidos, sesenta y tres aerolitos, de los cuales salieron setenta seres de tipo wigoriano y treinta de tipo humano. En esos seis meses, la, llamémosla así, infección, se ha extendido a nueve mil trescientas sesenta personas, todas las cuales han muerto, dando origen con ello a un número doble, exactamente dieciocho mil setecientos veinte wigorianos, los cuales, a los seis meses, estarán ya en condiciones de reproducirse. Las cifras para mi país son sensiblemente iguales en proporción, claro está, al número de

habitantes. En Rusia los atacados fueron unos catorce mil, de los cuales surgieron veintiocho mil wigorianos. En la India, dichas cifras ascienden a treinta y cuatro mil y sesenta y ocho mil, respectivamente. En China, suman noventa y tres mil y ciento ochenta y seis mil, respectivamente. No quiero seguir con la enumeración de cifras y pérdidas de vidas humanas, porque sería interminable y farragosa, aunque sí resumiré el total hasta la última semana, en que los atacados sumaban, en toda la redondez del globo, muy cerca de los cuatrocientos mil, con ochocientos mil wigorianos sueltos por ahí, dispuestos a soltar un millón seiscientos mil más en los próximos seis meses. Es obvio que, por ahora, disponemos de más y mejores medios que ellos para combatirlos; pero no debemos desdeñar su enorme inteligencia, que les hace utilizar, y a veces con mejores resultados que nosotros mismos, nuestros propios medios. Aun calculando sus bajas en un cincuenta por ciento, provisionalmente, es evidente que en los próximos cinco años, la población de los wigorianos alcanzará la exorbitante cifra de más de cuatrocientos millones de seres, dado que su reproducción lo es en progresión geométrica y no aritmética, lo cual sencillamente quiere decir que, en diez años habríamos pasado al estado más abyecto de esclavitud que registra la historia.

López de Juan hizo una breve pausa y luego continuó.

—Si en seis meses dichos seres nos han causado tales daños, en cinco años las pérdidas no tienen previsión alguna, y ya se empieza a notar en la opinión pública un estado de alarma e inquietud general que puede conducir a un pánico y una histeria totales, cuyos resultados serían aún peores que el ataque de los wigorianos. Opto, pues, por un ataque a fondo, radical, sin piedad alguna. Es una simple cuestión de supervivencia, caballeros, y ante eso sólo hay un dilema: o ellos, o nosotros. Ahora, en la Tierra, podemos ganarles la partida, pero continúan cayendo aerolitos, todos ellos con al menos dos wigorianos en su interior. Si no les atacamos allá arriba, en el espacio, donde están, acabaremos por sucumbir, y nunca mejor que ahora podremos hablar del fin de la raza humana. Esto es todo, señores.

López de Juan se sentó y durante unos momentos reinó en la estancia el más absoluto silencio. Por fin, el presidente consultó con la mirada a los comisionados.

El norteamericano y el ruso fueron los primeros en levantar la mano.

—Mi gobierno —dijo el primero—, pone a disposición de la Comisión las naves necesarias.

—Estoy autorizado por el mío para decir lo mismo —exclamó Simonov—. Cuarenta naves, con los últimos adelantos científicos, serán lanzadas al cinturón de asteroides con el objeto de borrar la menor señal de todo wigoriano.

Los demás delegados acabaron por asentir, no sin alguno que otro refunfuño por parte de los delegados de Francia y Ghana. Entonces, el norteamericano dijo:

—Por nuestra parte, cederemos cuarenta y cinco naves, cuyo mando llevará el general Quiroga, aquí presente, como más experimentado en la lucha contra los wigorianos. El mando conjunto de la operación deberá ser decidido en una nueva reunión, salvo que los comisionados presentes tengan algo que objetar.

Ninguno tenía nada que decir. Pero sí Quiroga, cuyos ojos estaban desmesuradamente abiertos por la enorme sorpresa que acababa de recibir.

Jimmie se le echó encima, sacudiéndole fuertemente las manos.

—¡Enhorabuena, señor! ¡Me alegro mucho de su ascenso!

—Yo… pero yo… Si esto es… —balbuceó Quiroga, totalmente atónito.

Los demás le rodearon, felicitándole efusivamente.

Pero la felicitación que más agradeció el recién ascendido general fue la de Areen. La muchacha se hizo a un lado hasta que hubo pasado un poco el jaleo.

Cuando Quiroga pudo, se fue hacia ella, mirándola intensamente. Ella le sonrió con dulzura.

—También yo tengo que felicitarte, Ulyses —dijo suavemente.

Él tomó su mano.

—Son las palabras que más me han gustado de todas cuantas acaban de decirme, Areen. No he de ocultarte cuánto significa para mí este inesperado honor y lo importante que podría resultar un triunfo en mi carrera.

—Espero que lo consigas, Ulyses —dijo ella.

Todavía tenían las manos juntas.

Grantline, el comisionado yanqui, se les acercó. Estrechó fuertemente la mano de Quiroga.

—Mi enhorabuena, general. No cabe la menor duda de que tiene ante sí una difícil papeleta, pero estoy seguro de que sabrá resolverla. Prácticamente estamos ante una infección, y no podemos curarla sino es eliminando de raíz el foco infeccioso. La tarea será larga y agotadora, pero a la postre terminaremos por vencer.

—Gracias, señor. Francamente, le diré que no esperaba, ni con mucho, la buena noticia que acabo de recibir.

Grantline sonrió.

—No hubiera habido buena noticia si no hubiera habido acuerdo final, Quiroga. De modo que, en todo caso, debe darle las gracias al delegado español, que ha acabado convenciendo a los más reacios. Su nombramiento era condicionado a que se decidiera la expedición, pero ahora ya es definitivo. Falta, como es lógico, la aprobación del Congreso, pero esto es ya cuestión de poca monta. Bien, general, le deseo mucha suerte. Y a usted lo mismo, señorita.

Cuando Grantline se hubo despedido, los dos quedaron nuevamente solos. Ella inquirió:

—¿Qué piensas hacer, Ulyses?

—¿Eh? Pues… supongo que ahora ponerme en contacto con el Mando de Transporte Espacial, la Infantería de Marina, los técnicos, los especialistas, la Escuela de Astronautas, y todas esas zarandajas. Mucho trabajo, por supuesto.

—Pero tú lo llevarás todo a buen fin, Ulyses —dijo ella con vehemencia.

Quiroga apretó suavemente el brazo de la joven.

—No te quepa la menor duda, Areen. Volveré, y a mi regreso…

Los ojos de la joven le miraron suplicantes.

—Ulyses, tengo que pedirte una cosa. ¿Me la concederás?

—Si está de mi mano, ¿por qué no?

—Yo he vivido con los wigorianos en el que fue el Quinto Planeta. Sé acerca de ellos más que ninguno de vosotros. Llévame contigo, Ulyses;

quiero combatirlos en la medida de mis fuerzas. Oh, mis padres, mis hermanos, sacrificados a su insaciable voracidad… ¡Déjame ir contigo, Ulyses, déjame ir!

El joven respingó. Lo que menos se había esperado era la insólita petición de la muchacha, y ello le turbó, pues le había cogido por completo de sorpresa.

—Pero, Areen, no sé si podrás… si podré…

—Sí —exclamó ella apasionadamente—; tú puedes, Ulyses. ¿No te han nombrado comandante en jefe de la expedición? ¿A quién piensas llevar contigo en tu propia nave?

—¿Eh? Pues… naturalmente, al doctor, al profesor, a Albany, Jimmie, Ted Blake… a la mayoría de los que estaban conmigo en el Antártico.

—Y a mí, Ulyses —dijo ella con energía.

—Pero correrás muchos peligros, Areen.

—No me importa. Jamás estaré tan segura como hallándome a tu lado.

—Pero acaso ello sea un tanto irregular.

El rostro de Areen se iluminó con una pícara sonrisa.

—¿Verdad que tú sabrás regularizarlo? Puedes nombrarme técnico de algo, de esto, de lo otro, en fin, de lo que sea; aunque tengas que nombrarme el experto en gastronomía.

Ulyses se echó a reír.

—Areen, no puedo imaginarte como nuestra cocinera. Tú, con un delantal, luchando en una nave sin gravedad con los huevos por un lado, la sartén por otro, y la manteca derretida en globos por el aire.

Ella frunció el hociquito.

—¿Y por qué no? Ulyses, en los meses que llevo en vuestro planeta, me he convertido en una terrestre más. Estoy perfectamente al corriente de todos vuestros usos y costumbres y…

—Acabarás por convencerme —sonrió él, y entonces alguien se le acercó.

—General, le llaman al teléfono.

—Un momento, por favor. Areen, no te muevas; quédate aquí.

—Sí, Ulyses.

Pero no había dado el joven dos pasos, cuando Areen le llamó.

—¡Ulyses!

—¿Qué quieres, Areen?

—Ten mucho cuidado. Hasta ahora no me había acordado de decírtelo, pero ¿sabías que hay humanos que están aliados con los wigorianos?

—¿Eh? ¿Cómo dices? —respingó el joven, completamente asombrado.

—Sí. Los hay que, con tal de salvar su vida, se ponen al lado de esos monstruos, ayudándoles y secundándoles en un todo en sus siniestros planes. Oh, no me refiero a los de vuestro planeta, sino a algunos que hayan, como yo, podido llegar en algún asteroide.

El joven trató de echar la cosa a broma.

—No me irás a salir con que tú eres ahora una traidora, ¿verdad?

—Jamás, Ulyses, jamás. Antes preferiría… Pero ve; te están aguardando. Yo lo haré aquí. Vuelve pronto, por favor.

El joven echó a andar, dirigiéndose hacia una habitación vecina, pequeña, en la cual había una mesa con un visófono encima.

—Aquí es, señor —le dijeron, y el joven asintió con un distraído:

—Gracias, muchacho.

Penetró en la estancia y se dirigió decidido hacia el teléfono. Pero, apenas había dado dos pasos en el interior de la pequeña habitación, sintió que la puerta se cerraba bruscamente a sus espaldas.

Se volvió velozmente, y apenas lo había hecho, notó que la sangre se le helaba en las venas.

A menos de dos metros de distancia, un wigoriano le miraba con sus fríos ojos escarlata, en los cuales se reflejaba el odio más insano, dispuesto, con las garras extendidas, a arrojarse sobre él al instante.

CAPÍTULO VII

D

e momento, el joven general no se preocupó de cómo había llegado el wigoriano hasta allí, sino la forma en que podía desembarazarse de él. Estaba completamente inerme, y no le quedaba siquiera el recurso de saltar por la ventana, ya que el suelo se encontraba a ochenta metros de distancia. Teniendo la puerta bloqueada, no le quedaba otro remedio, pues, que defenderse del modo que mejor pudiera.

Se dijo que debía procurar evitar a toda costa que el monstruo le echara las garras encima, ya que entonces podía considerarse como hombre muerto. El wigoriano le inocularía las crías en el interior de su cuerpo, insensibilizándole previamente, todo ello con una rapidez y una técnica increíbles, y cuando esto ocurriese habría pasado a engrosar el número de las víctimas de aquellos horribles seres, ya que por el momento no se conocía remedio alguno para salvar a los que llevaban los ovoides con las crías de wigorianos en el interior de su organismo. Todos cuantos esfuerzos se habían llevado a cabo habían fracasado del modo más rotundo. Se había logrado, sí, impedir el nacimiento de nuevos monstruos, pero el paciente humano moría indefectiblemente en la operación, sin que hubiera modo de salvarlo.

Todo esto lo vio Ulyses en un segundo, en tanto que procuraba tener su atención fija en las rojas pupilas del monstruo. Ni siquiera se atrevió a utilizar el visófono para pedir socorro, ya que el wigoriano se le habría abalanzado encima antes de que hubiera podido tocar siquiera el interruptor. Y, por otra parte, advirtió que Areen le había dicho la verdad al manifestarle que, entre los propios humanos había traidores, bien que dichos humanos no fueran nacidos en la Tierra, aunque al general no se le alcanzaba el medio por el cual los dos, el wigoriano y el hombre que le había atraído hasta allí, habían logrado filtrarse hasta el interior del edificio, pese a la celosa vigilancia que sobre éste se ejercía.

Retrocedió un par de pasos, sin dejar de mirar al monstruo, de cuya horrenda boca salían tenues, pero agudísimos chillidos. Vio moverse espasmódicamente las cuatro garras del wigoriano, y no dudó que éste se disponía al ataque.

De pronto, la mano izquierda del general tocó algo. Lo asió sin pensárselo dos veces, y lo hizo bien a punto, porque en aquel mismo

momento, el wigoriano saltaba hacia él.

Contuvo el primer ataque, tomando la silla por el respaldo y presentándole las cuatro patas del pequeño mueble. El pequeño monstruo aulló de modo espeluznante, y una de sus garras hizo volar, en un santiamén, el asiento, convertido en veloces astillas. Sin dudarlo un segundo, Ulyses descargó un fuerte golpe sobre la cabeza del wigoriano con lo que le quedaba de silla.

El monstruo vaciló un segundo, lo justo para que el general pudiera parapetarse tras la mesa del despacho. Rehaciéndose, el wigoriano cargó contra él.

El pesado artefacto que era el visófono fue arrojado con tremenda fuerza por Ulyses, alcanzando a su enemigo en pleno pecho, y haciéndole vacilar. Ulyses sonrió, dándose cuenta que la fiera no lo era tanto como parecía. Podría, en todo caso, ser invulnerable a las balas, pero un golpe bien asestado podía causarle bastante daño.

Cuando el wigoriano se le echó encima, atravesando el espacio en un vertiginoso salto, Ulyses lo recibió, empuñando por el respaldo el sillón que había tras la mesa. Éste no era tan inconsistente como la silla, sino de mucha mayor solidez y, por supuesto, más pesado. Ulyses lo manejó como si fuera un «bate» de «baseball», alcanzando a su enemigo en un costado.

El wigoriano rodó por el suelo como consecuencia del formidable impacto, al mismo tiempo que sus chillidos destrozaban los tímpanos del general. Se levantó, lanzándose de nuevo a la carga, pero Ulyses lo recibió con un nuevo golpe que lo quebrantó notablemente.

Aquellos golpes hubieran bastado para matar a un hombre, destrozándole totalmente y vertiendo su sangre en el suelo. En cambio, al wigoriano, salvo una ligera reducción de sus facultades físicas, no parecían haberle causado mayor daño, a excepción de una mayor torpeza en sus movimientos.

Ulyses asestó un tercer golpe, ahora de arriba a abajo, y esta vez el mueble se partió en varios trozos. El wigoriano volvió a rodar por el suelo, y el general se asombró de que su enemigo estuviera con la cabeza intacta, cuando la realidad debiera haber sido que aquel golpe debía haber señalado el fin del combate.

Ahora ya no tenía más armas el coronel que una pata del sillón, cosa en verdad harto ridícula para combatir con enemigo tan peligroso, a pesar del quebranto que habían sufrido sus facultades. El wigoriano se

incorporó nuevamente y, sin transición, se arrojó sobre el general.

Por una décima de segundo, pudo evitar Ulyses un mortífero zarpazo, que, de alcanzarlo, allí concluyera la pelea. Retrocedió, parapetándose de nuevo tras la mesa. Se notó empapado en sudor de arriba a abajo.

Ya no tenía más armas. No podía recurrir a arrojarle el pesado mueble, porque éste era difícil de manejar. Ulyses había agotado todos sus recursos, y el fin estaba próximo. Le pareció ver que el monstruo sonreía satisfecho y que se preparaba para un final y devastador ataque.

Retrocedió instintivamente, hasta que sus espaldas tocaron con algo sólido que le impidió moverse. Los ojos del wigoriano fosforescieron siniestramente.

Unos fuertes golpes sonaron entonces a la puerta. Ulyses se dijo que la lucha no se había desarrollado sin ruido, y que éste debería haber alarmado a la gente.

—¡Abran, abran! —oyó gritar imperativamente.

Pero apenas si tuvo tiempo de identificar la voz angustiada de Areen. El monstruo saltaba sobre él, con las garras abiertas, dispuesto al último y mortífero abrazo. En un segundo le serían abiertos los costados y luego cerrados sin apenas señal. Después...

No podía hacer más que una cosa: agacharse y esquivar. Y lo consiguió, tirándose de cabeza al suelo. El wigoriano falló el ataque, y éste fue el último.

Sin darse cuenta, Ulyses había retrocedido hasta que sus espaldas tocaron el cristal de la amplia ventana. El monstruo no tuvo tiempo de rectificar la trayectoria de su feroz impulso, y atravesó el vidrio como una bala.

Hubo un horroroso estrépito de vidrios rotos, y luego la repelente estampa del wigoriano desapareció de los asombrados ojos del general. Éste, reponiéndose, se puso en pie de un salto.

Llegó a la ventana a tiempo de ver los últimos instantes de la fiera. Cayó a plomo, agitando epilépticamente sus miembros, y luego, en medio de un estridente griterío de la multitud, se estrelló contra el suelo. El blindaje de su coriácea epidermis no le sirvió para nada, y una verdosa mancha se extendió sobre el pavimento, de forma repugnante.

Inspirando profundamente para recobrar el aliento, Ulyses se dirigió hacia la puerta y la abrió. Areen apareció en el umbral, y al verlo con vida, se le abrazó sollozando histéricamente, mientras exclamaba:

—Oh, Ulyses, Ulyses… Oímos gritos… los chillidos del monstruo…

Bauer se le arrojó encima.

—¿Se encuentra bien, general? —inquirió ansiosamente.

—Sí, profesor.

—¿Y el wigoriano?

Ulyses señaló con el pulgar hacia su espalda,

—Véalo por usted mismo, profesor. Pude esquivarle y el monstruo se ha hecho una tortilla contra la acera.

Bauer corrió hacia la destrozada ventana, en tanto que el general prodigaba frases de consuelo a la joven. Jimmie y los otros también le dirigían ansiosas preguntas, que el general Quiroga contestó como pudo.

Bauer regresó junto al grupo.

—¡Es increíble, increíble! Atreverse a entrar hasta aquí, nada menos que en el edificio de las Naciones Unidas. ¡Qué audacia!

—A mí no me interesa la audacia, sino el «cómo», profesor. Alguien me preparó la trampa. Me avisaron que me llamaban al teléfono, precisamente en esta habitación, y cuando entré, me encontré con el monstruo.

—Pero, ¿cómo pudieron…?

—En mi opinión —dijo el general muy pensativo—, su gesto revela una considerable dosis de astucia y de valor. Areen —se dirigió a la muchacha—, es evidente que tenías toda la razón del mundo al decirme que hay humanos traidores, y el que me atrajo hasta aquí es uno de ellos.

—¡Haré que registren el edificio de arriba abajo! —tronó Bauer, yéndose hacia la puerta. Pero Ulyses lo contuvo con una mano.

—Es inútil ya cuanto se haga, profesor. El cómplice del wigoriano ha tenido tiempo más que suficiente para huir, aparte de que nos sería

imposible hallarlo en la multitud que pulula en este edificio. Vestía uniforme militar, sí, pero, aparte de eso, ¿nos fijamos en algún detalle peculiar más de él? Yo, por mi parte, confieso que no.

—Yo vi que un soldado se le acercaba, general —terció Jimmie—, y que hablaba con usted; y no le di ninguna importancia al hecho. Además —miró de reojo a la muchacha—, usted y Areen estaban tan... tan... bueno, que la mayoría estábamos vueltos de espaldas, ésa es la verdad.

—Gracias, Jimmie. Sin embargo, el quid de la cuestión no estriba en hallar al cómplice del wigoriano, sino el modo cómo logró introducirse en el edificio sin ser visto. Si consiguiéramos resolver el problema...

—Lo interesante es que estás vivo, Ulyses —dijo Areen apasionadamente—. Y lo que lo que acaba de ocurrirte debe inculcar en tu mente la idea de que debes estar vigilando continuamente para no ser sorprendido, y a todos los demás les digo lo mismo —concluyó la joven.

Hubo unas cuantas frases en las cuales los presentes expresaban su total aprobación a las palabras de la joven. Después, el general cortó las discusiones que ya se iniciaban.

—¡Bien, señores! —dijo—. Aquí ya no tenemos nada que hacer. Nuestra obligación consiste en preparar la expedición, y recuerden que no sólo allá arriba, en el cinturón de asteroides, sino aquí, nos espera mucho, muchísimo trabajo.

* * *

—¿Ishthar?

—¿Majestad?

—Debo felicitarte por todo cuanto has hecho por el pueblo de Wigor. Realmente, ha sido una obra magnífica.

—Gracias, Majestad. Vuestras palabras no pueden ser más halagadoras para mí y me llenan de alegría y orgullo.

—Nuestro sueño, al fin, va a tener término, Ishthar. Pronto podremos resurgir a la luz y al calor tras largos milenios de forzado sueño. Fuiste muy hábil al guardarnos aquí, encerrados en el interior de este pequeño fragmento de nuestro mundo, en donde, al despertar,

hallamos el alimento conveniente, así como los gases precisos para nuestra respiración. ¿Tienes alguna noticia más de cómo marchan las cosas?

—Puedo dároslas, Majestad, aunque algunas de ellas no sean todo lo satisfactorias que deseáramos.

—¿Sí, Ishthar?

—Sí, Majestad. Enviamos asteroide tras asteroide al Tercer Planeta, en donde, como sabéis, vive una raza rica y poderosa, y, diciendo la verdad, con un alto coeficiente de inteligencia. Aunque no tanto como la nuestra, por supuesto, Majestad. Bien, prosiguiendo, os diré que hemos hecho notabilísimos progresos, aunque éstos, en determinadas zonas del Tercer Planeta, se han visto obstaculizados en gran manera. Gran número de wigorianos han perecido, exterminados por los seres de aquella raza, los cuales son implacables con los nuestros cuando logran aprisionarlos.

—Pero esto suele ocurrir también en cualquier guerra, ¿no es así, Ishthar?

—Cierto, Majestad. En toda guerra hay pérdidas y ganancias, y el bando que tiene menos de las primeras es, por lo general, quien concluye alzándose con la victoria. Nosotros lograremos la nuestra, Majestad, y nos sabrá tanto más dulce cuanto más costosa haya sido.

—Y al final, Wigor volverá a renacer.

—Sí, Majestad. Todavía nos queda mucho que andar, pero llegaremos al final de nuestra carrera… ¡victoriosos!

—Eso espero, Ishthar. Y ahora, quisiera pedirte un favor.

—Majestad, vos no pedís, sino que ordenáis.

—Gracias, Ishthar. Pues bien, quiero ver por mí mismo el lanzamiento de algún asteroide hacia el Tercer Planeta. Es algo que todavía no he podido contemplar.

—Muy bien, Majestad. Si queréis seguirme…

Los dos personajes estaban en una especie de gruta o cueva, de grandísimas dimensiones, magníficamente iluminada, llena de seres como ellos que iban y venían, afanándose en sus respectivos trabajos. Por todas partes se veían numerosísimos ovoides, los cuales eran

transportados hasta el exterior mediante una larga y sólida cinta que desaparecía en un túnel que no tenía fin.

—Estos ovoides, Majestad, proceden de los recapturados que trajimos aquí, con el objeto de comprobar si los wigorianos que se hallan en su interior continúan en perfecto estado. Una vez hecha la comprobación, son devueltos de nuevo a su asteroide, y colocados en una órbita que los lleve directamente hasta el Tercer Planeta.

—Magnífico, Ishthar; tu ciencia no puede ser más perfecta. ¿Vamos afuera?

No tardaron mucho los dos wigorianos en hallarse fuera de aquel colosal pedrusco, de forma irregular, de unos treinta o cuarenta kilómetros de diámetro, con notables protuberancias y depresiones en toda su atormentada superficie. En torno al asteroide se veían numerosísimos trozos de roca, mucho más pequeños, anclados al primero por sendos cables y entorno a los cuales pululaban numerosos wigorianos, todos embutidos en sus trajes respiratorios. Pequeñas, pero perfectas máquinas producían los huecos en el interior de las rocas, soldándolos luego de manera que no podía notarse la línea de unión, e introduciendo en ellas, por regla general, una pareja de wigorianos, sumida en letargo y acurrucada en el interior de los ovoides.

Cuando la operación estaba terminada, un par de wigorianos, con su reactor individual a la espalda, soltaba el cabo de anclaje, empujando luego el pedrusco en determinada dirección, hasta que había adquirido la velocidad suficiente. El asteroide se movía, en apariencia, muy lentamente, pero no tardaba en adquirir velocidad e irse empequeñeciendo en el espacio hasta perderse totalmente de vista.

—Y esto no es todo, Majestad. Nuestros exploradores recorren sin cesar el espacio, examinando todos los trozos de roca que se hallan en órbita de nuestro viejo y querido Wigor. Cuando encuentran uno, lo traen hasta aquí, en donde es examinado y se comprueba la perfecta vitalidad del wigoriano o wigorianos que duermen en su interior. Entonces, se vuelve a soldar de nuevo la roca, y se coloca en la órbita que conduce directamente al Tercer Planeta. Antes de poco, Majestad, podré saludaros, con todo orgullo y satisfacción, como rey de dicho mundo.

—Eso espero yo, Ishthar, y tu labor será recompensada como sin duda mereces. Hemos aguardado miles de años la ocasión, y ahora es llegada.

Durante un buen rato, los dos wigorianos continuaron en la contemplación de aquel espectáculo, indudablemente fascinador, no sólo por la clase del mismo, sino por el incomparable escenario en que se estaba desarrollando: el negro telón de fondo del espacio, punteado por billones de inmóviles lucecitas que contemplaban fríamente aquel proyecto de invasión de un mundo.

Súbitamente, una estrella se encendió con violento resplandor, que duró apenas una décima de segundo. El fogonazo empezó con un duro color blanco, que luego fue degradándose, antes de desaparecer, por toda la gama del espectro. Dos o tres chispazos más, a una distancia de momento imposible de medir, aparecieron aproximadamente en aquel mismo sector del cielo, el cual no tardó en recobrar su habitual aspecto.

—¿Qué es esto, Ishthar? ¿A qué se deben tales estallidos?

—No lo sé, Majestad. Es algo totalmente nuevo para mí. Pero descuidad; enviaré inmediatamente una patrulla a investigar. Entretanto, os ruego que volváis al interior de nuestro refugio.

—¿Temes algo, Ishthar?

—No puedo asegurarlo, Majestad, en tanto no lo sepamos definitivamente. Creo, no obstante, que muy pronto lo averiguaremos. Volveos, Majestad; yo, con vuestro permiso, voy a dar las órdenes necesarias para que unos cuantos de los nuestros salgan en patrulla de reconocimiento.

CAPÍTULO VIII

MacFarlane oprimió el botón de energía de una perforadora y en el acto la máquina comenzó a funcionar. Un delgado taladro del más duro acero comenzó a girar a miles de revoluciones por minuto, introduciéndose casi medio metro en la roca sobre la cual se hallaba el muchacho.

A continuación lo sacó, practicando otro orificio muy junto al anterior. Después, desconectando la corriente, dejó la perforadora al lado y se arrodilló, introduciendo dos largos y delgados cilindros en los agujeros que había hecho. De los cilindros partían sendos alambres que terminaban en una larga y estrecha caja, uno de cuyos lados era totalmente transparente, viéndose a través de él la blanca superficie,

cuadriculada, del rodillo gráfico de un sismógrafo.

Cuando terminó, Jimmie dio media vuelta a un interruptor que había en uno de los lados de la caja y arrodillado aguardó expectante.

El rodillo empezó a girar, en tanto que la pluma grababa en él una perfecta línea recta sin la menor desviación. Jimmie empezó a decirse que aquel pedrusco sobre el que se hallaba, de apenas tres o cuatro metros de espesor, no tenía nada en su interior, cuando súbitamente la aguja dio un salto hacia arriba.

El corazón de Jimmie empezó a latir aceleradamente. Apretó los puños, al mismo tiempo que disparaba su cronógrafo. Quince segundos más tarde, la aguja volvía a moverse. Entonces ya no le cupo la menor duda al muchacho de que en el interior del pedrusco había, cuanto menos, un wigoriano en estado letárgico.

Se incorporó y, a través del vidrio transparente de su escafandra, manejó los diales de la radio.

—¡General! —llamó—. Aquí Jimmie. He encontrado otro, señor.

—Muy bien —le respondió la tranquila voz del general Quiroga—. No te muevas de ahí; ahora vamos con el equipo de demolición.

Jimmie se frotó las manos «in mente», ya que no podía hacerlo a gusto con los gruesos guantes que se veía obligado a usar. Ya llevaba localizados, en el corto tiempo que llevaban en el cinturón de asteroides, casi cuarenta pedruscos, lo cual le suponía una buena prima, puesto que percibían una fuerte recompensa por cada roca con wigorianos en su interior que era destruida. La labor, tal como se predijera en la Tierra, era lenta, ardua, fatigosa, mas en medio de todo no dejaba de tener su aventurero atractivo.

A pesar de la distancia, la luz del Sol era aún fuerte para ser contemplada directamente, sin el velo de una atmósfera que paliase sus rayos. Jimmie se colocó la mano a un lado, a modo de pantalla, y observó el acercamiento de un pelotón de hombres, todos ellos vestidos con trajes individuales de vacío, empujados por sus reactores, también individuales. Dos parejas llevaban, cogiéndolas con las manos, sendas cajas de gran tamaño, enormes, que en la Tierra apenas si hubieran podido mover, pero que allá, en el espacio libre de toda gravedad, arrastraban con la mayor facilidad del mundo.

—Hola, Jimmie —saludó el general, a través de su radio individual—. De modo que hay un pajarraco ahí adentro, ¿eh?

El muchacho se llevó la mano al lado derecho del casco.

—Sí, señor. El sismógrafo ha registrado los latidos del wigoriano. Cada quince segundos, señor, como ocurre en el estado de letargo en que se hallan.

—Eso es cosa buena, Jimmie. Albany, Ted, procedan a colocar las cargas de demolición.

—¡A la orden, señor!

—Jimmie —continuó el general—, cuando regresemos a la espacionave-base, no dejes de pasarte por mi oficina, para anotarte este wigoriano en tu haber.

—De acuerdo, señor. ¡Muchas gracias!

—Las gracias a ti, chico —contestó el general.

Luego, fijó la mirada en el teniente Albany y sus hombres, quienes, arrodillados en el suelo, estaban perforando la roca para colocar allí una potente carga explosiva que luego se haría detonar por radiocontrol. Al lado del coronel se hallaba una persona, cuyas formas estaban muy difuminadas por el impersonal traje de vacío.

Jimmie agitó una mano alegremente.

—¿Cómo va eso, Areen?

—Perfectamente, muchacho. Me alegro de verte tan dispuesto.

Jimmie sacudió la cabeza.

—¡Uf! Por no verles más la cara a estos tipos, sería capaz de hacer cualquier cosa. Areen, ¿qué noticias hay de la Tierra?

—Los puestos de observación han denunciado la llegada de unos veinte aerolitos más en el día de ayer. Me refiero al tiempo terrestre, claro está. Doce fueron localizados inmediatamente y destruidos antes de que sus ocupantes pudieran causar el menor daño. Los otros ocho restantes no han sido hallados.

—Mala suerte, Areen —se lamentó Jimmie—. De todas formas, no irán muy lejos. Ahora la gente ha aprendido a conocerlos y a combatirlos y, si quieren progresar, deberán ir con mucho cuidado.

—A pesar de todo —intervino el general—, en algunas regiones han

ganado terreno. Me refiero a la India y a la China, países densamente poblados y donde el control de los wigorianos se hace mucho más difícil, naturalmente. Pero en general, en el Occidente, se están batiendo en retirada.

El teniente Albany llegó entonces al lado de Quiroga.

—General, las cargas ya están dispuestas.

Un breve chispazo surgió a lo lejos, durante una décima de segundo.

—Es en el sector ruso, señor —dijo—. Acaban de volar otra piedra.

—Bien, teniente; nosotros haremos lo mismo con ésta. ¡Vámonos de aquí!

Recogiendo todo el material, los astronautas pusieron en marcha sus reactores individuales, alejándose unos cuantos centenares de metros de distancia de la roca. El teniente Albany, llegado el momento, oprimió el interruptor del control de radio, y una cegadora llamarada, de apenas una centésima de segundo de duración, iluminó el espacio con lívido fulgor, sin que se oyera el menor ruido.

—Bueno, un wigoriano menos —rió alegremente Jimmie.

—¿Cuántos tienes ya en tu haber, muchacho? —inquirió Ulyses.

—Treinta y nueve con éste, señor —contestó Jimmie muy ufano.

—Una buena marca, sin duda. Me parece que de esta hecha te retiras de los negocios, ¿eh, Jimmie?

En aquel momento sonó la radio.

—Aquí, el Sector Dos Efe Equis Nueve, llamando al general Quiroga.

—General Quiroga al habla. ¿Qué ocurre, Merton?

—Hemos localizado otro pedrusco. ¿Puede enviarnos el equipo de demolición?

—Ahora mismo, Merton. Enhorabuena.

—Gracias, señor. ¿Quién viene al frente del equipo?

—El teniente Albany, Merton.

—Buen muchacho, señor. Bien, le estamos esperando.

—Ahora mismo voy —exclamó el interesado—. ¿Qué es pájaro o pájara?

—No tengo ganas de comprobarlo. ¿Por qué no lo haces tú cuando vengas?

—Gracias, chico, pero te lo dejo a ti. Con su permiso, señor.

—Muy bien, Albany. Cuando termine con Merton, vuelva a la astronave-base. Es la hora de comer ya, ¿sabe?

—¡Uy, comer! —gritó Jimmie, dando todo el gas a su reactor—. ¿Quién ha hablado de comer?

Una hora más tarde, en el propio comedor de la nave, una cámara espaciosa y amplia, convertida momentáneamente en centro de operaciones del sector norteamericano, Quiroga iba recibiendo a los jefes de nave, los cuales le iban participando los resultados de sus exploraciones. Areen, sentada ante una máquina taquigráfica, le servía de secretaria, anotando todo cuanto decían los comandantes de grupo.

Cuando terminó la labor de recuento, Ulyses pidió los resultados.

—Dos mil ochocientas veintisiete rocas destruidas en una sola jornada, Ulyses —dijo ella, con una leve nota de orgullo en la voz.

—¡Buena marca! —exclamó el general—. Hemos estado a punto de batir el record, ¿eh?

—Solamente nos han faltado treinta y seis, Ulyses —sonrió ella.

—Bueno —dijo Jimmie, mirándola con la cabeza apoyada en la mano —, no te preocupes, cualquier día de éstos lo alcanzaremos. A mí me parece que ya no debe quedar mucho, ¿no es así, señor?

El general meneó la cabeza con evidente pesimismo.

—Por desgracia —dijo—, nuestros detectores señalan aún ingentes cantidades de pedruscos. Hay aún cientos y cientos de miles en el espacio, cada uno de los cuales, con toda seguridad, contiene un wigoriano en su interior, si no dos. Todavía nos queda mucho terreno por recorrer, muchacho.

Jimmie se encogió de hombros.

—Bueno, por mí... Yo me encuentro aquí la mar de divertido y, además, ganando pasta en abundancia. ¡Cielos! Cuando regrese a la Tierra voy a parecer un maharajá de la India, de esos de los cuentos de Kipling.

—¿Con elefante o sin elefante, Jimmie? —sonrió el general.

El muchacho no pudo dar su respuesta, porque algo se lo impidió. Una lamparita titiló espasmódicamente en el intercomunicador.

Areen alargó la mano, moviendo el interruptor.

—Puesto de mando del general Quiroga —dijo.

—¿Está ahí el general? —dijo una voz.

—Sí. ¿Le pongo con él?

—No es necesario. Dígale que el comandante en jefe, teniente general Budenz, va a verle, acompañado de algunos oficiales.

—Muy bien, enterados —dijo la joven, y cortó la comunicación.

Jimmie arrugó el ceño.

—¿Qué tripa se le habrá roto a ese pajarraco?

—Jimmie —le reprendió Quiroga—, recuerda que es el jefe supremo.

—Sí, señor. Dispénseme, señor. Pero, ¡es tan estirado!

—Bueno —terció volublemente Albany—, él no tiene la culpa de haber nacido en Hamburgo.

El general se puso en pie.

—Bien, voy a recibirle. Areen, tenme en limpio los resultados de las últimas operaciones. Budenz me los pedirá, con toda seguridad.

—De acuerdo, Ulyses —dijo la muchacha, poniéndose a trabajar.

Jimmie la miró, pareciéndole sorprendente la rapidez con que Areen se había adaptado a los usos y costumbres terrestres. Incluso había dejado de comunicarse por telepatía, pues había aprendido dos o tres idiomas de los más corrientes en el Tercer Planeta.

Budenz llegó acompañado de un imponente séquito. Cuando el

comandante en jefe y sus acompañantes hubieron salido de la escafandra, la aguda pupila de Ulyses captó enseguida la pétrea imagen del general Uliansky, jefe del sector ruso; de Bertoriau, del sector francés; de Alameda, del sector español, y varios más de distintas nacionalidades. Quiroga les dio a todos la bienvenida y luego les hizo pasar a su puesto de mando.

Budenz, naturalmente; ocupó la presidencia. En pie, tras él, se situó su ayudante, con una carpeta llena de documentos. Los demás hicieron algo parecido.

—General Quiroga —empezó diciendo Budenz—, se extrañará sin duda de que hayamos elegido su nave para esta especie de consejo de guerra, ¿verdad?

—Pues, si le he de ser franco, sí, señor. No obstante, ha de recordar que estoy a sus órdenes.

—Muchas gracias, Quiroga, por su franqueza y por su amabilidad. Ahora vamos a examinar los resultados de la última semana de operaciones. Walter, deme el resultado.

—Sí, general —y el ayudante pasó a Budenz una hoja llena de datos mecanografiados.

Budenz la contempló con ojo critico, y luego empezó a leer:

—Hasta las veinticuatro horas de ayer —dijo—, y sin entrar en más detalles por no perder demasiado tiempo, llevábamos destruidos, durante los últimos siete días, cincuenta y tres mil cuatrocientos quince asteroides, de un tamaño comprendido entre los tres y los veinticinco y hasta treinta metros de diámetro. En todos ellos, naturalmente, se comprobó la existencia de uno o más wigorianos en estado letárgico. Si unimos esta cifra a las anteriores, nos dan un total, en seis semanas de operaciones, de casi cuatrocientos mil pedruscos destruidos, lo cual, hay que reconocerlo, es una cifra muy elevada.

—La explosión debió ser muy potente para desintegrar el que antes era Quinto Planeta, de tal forma —murmuró Uliansky.

—Por supuesto —asintió Budenz—, pero ello no nos interesa ahora, sino que los cálculos más moderados y optimistas nos señalan por destruir aún alrededor de los diez millones de asteroides, y no sólo destruir, sino explorar previamente, con lo cual nuestra labor se ve duplicada, cosa que nos hace perder un tiempo precioso.

—General —dijo Quiroga—, no veo ninguna otra solución a nuestro caso que seguir haciendo lo que hacemos. Si abandonásemos ahora, ¿de qué nos habrían servido los esfuerzos que hasta ahora hemos hecho?

Budenz golpeó la mesa con la contera del lápiz que tenía en las manos.

—Estoy, y todos cuantos me acompañan, de completo acuerdo con usted, Quiroga; pero allá abajo, en la Tierra, hay quien opina de distinta manera.

Ulyses saltó en su asiento.

—¿Eh? ¿Cómo ha dicho, general Budenz?

—Lo que oye, Quiroga. Las cosas han ido allá abajo bastante bien en los últimos tiempos, y la opinión pública empieza a cansarse de nuestra labor. Es una labor sorda, oscura, de resultados no visibles, pero no por ello menos efectiva. Esto, naturalmente, el público no lo ve; sólo se da cuenta de las ingentes sumas que cuesta esta operación, y se empiezan a notar síntomas de fatiga en los respectivos gobiernos. Tropezamos con la maldita cuestión de siempre, Quiroga: el dinero. Cada asteroide destruido cuesta un buen puñado de dólares, libras, rublos, francos, pesetas o la moneda que ustedes quieran elegir, y las respectivas Tesorerías empiezan a gruñir y refunfuñar. Mucho me temo que, si no nos damos prisa, acaben por licenciarnos y hacernos volver a casita.

—¡Pero eso no puede ser, señor! —protestó Quiroga—. Usted mismo ha dicho que quedan aún diez millones de rocas por destruir.

—Y cada roca se lleva consigo, al estallar, una serie de instrumentos y aparatos de gran valor. Aquí no se puede poner un cartucho de dinamita y aplicarle una cerilla a la mecha, no; hay que hacerlo por control radial, y cuando el asteroide vuela, el aparato vuela también. Resumiendo, que nos han dado un ultimátum de cuatro semanas para liquidar los asteroides, o de lo contrario, nos hacen regresar y nos licencian.

—¡Eso no puede ser! —estalló Quiroga, pegando un fuerte puñetazo sobre la mesa—. ¡Están ciegos, no ven que van al desastre! ¿Es que no hay quién se lo haga comprender?

—Por lo visto no, general Quiroga. La gente prefiere «ver» las batallas; desea contemplar a sus soldados en acción, luchando directamente

contra los wigorianos y…

—… y gastando en cada uno de ellos un obús de quince centímetros, porque si no, no hay forma humana de destruirlos. O acaso les gusta más que sus hijos sean devorados por los hijos de los wigorianos, ¿verdad?

—General —dijo pausadamente Budenz—, en toda campaña guerrera hay que considerar tres aspectos: el militar, el político y el económico. Acaso la campaña pueda sostenerse con algún fallo de los dos primeros; pero de lo que no hay la menor duda es de que si falla el tercero, o sea el económico, la derrota no tarda en sobrevenir. Y eso es, compréndanlo ustedes, caballeros, lo que nos está a punto de suceder a nosotros.

—Bueno —rió amargamente Quiroga—: yo lo único que puedo hacer es pagar unos cuantos radio-detonadores de mi bolsillo. O, en su lugar, intentar atrapar un wigoriano vivo, y hacer con él una exhibición. La gente protesta porque, en general, no los ha visto; de lo contrario, no sólo no nos regatearían el dinero, sino que incluso nos doblarían los créditos.

—Le comprendo perfectamente, Quiroga. Es usted, acaso, el único hombre que se ha visto frente a frente, con las manos desnudas, frente a un wigoriano y ha sobrevivido. Por lo tanto, no he de extrañar sus palabras. De todas formas, yo, en estos momentos, no soy más que un simple portavoz de la opinión pública, y ésta nos exige hechos concretos y rápidos, además.

Quiroga se encogió de hombros.

—Cuando nos licencien pediré el retiro y me iré a vivir a la Luna. Creo que allí no hay bichos tan desagradables como son los wigorianos y los contribuyentes.

Una carcajada general estalló al oír las palabras de Quiroga. Inmediatamente se formó una animada discusión, en la cual se trató de acelerar los planes de campaña, discusión que duró un buen rato.

Estaba ya a punto de disolverse la reunión, cuando súbitamente alguien llamó a través de la radio.

—¡Socorro, por favor! Aquí, sector italiano. Nueve Ocho Eme Noventa y cinco. Repetimos… Necesitamos socorros con urgencia. Seres extraños, wigorianos al parecer, nos están atacan…

La voz se quebró súbitamente, dejando en su lugar un denso silencio preñado de oscuras y siniestras amenazas.

CAPÍTULO IX

Areen corrió hasta sujetar a Quiroga por los brazos.

—Ulyses, por favor, ten mucho cuidado.

—No te preocupes, nena —sonrió él antes de calarse la escafandra. Jimmie, Albany, Ted, el profesor Bauer y varios más, estaban allí, provistos de sendas pistolas y antorchas-fuelle, listos para salir al espacio por la esclusa de aire.

—Esos tipos —continuó Ulyses—, tendrán que vérselas ahora con nosotros. Según podemos ver, tampoco pueden vivir en el espacio, de modo que bastará un disparo o un chorro de fuego para agujerearles su traje espacial, si es que lo llevan, y enviarlos al infierno. Lo que no comprendo es cómo han podido revivir aquí, en el lugar donde menos se les esperaba. Pero eso —concluyó— tendrá fácil solución dentro de unos momentos.

El general se caló el casco y un ayudante se lo sujetó sólidamente. La trampa interior de la esclusa se cerró con seco chasquido, y en el acto las bombas comenzaron a extraer el aire de su interior. Areen miró a través de la ventanilla de observación, con los ojos empapados en lágrimas, y sonrió al ver que el general agitaba una mano en señal de despedida. Le correspondió de la misma manera, pero en aquel momento la puerta exterior se abrió y los expedicionarios, impulsados por sus reactores individuales, fueron arrastrados al espacio.

Tras algunas intentonas, todos se agruparon alrededor del general.

—Tengan los ojos bien abiertos y no dejen de avisar apenas encuentren la menor señal de peligro. Otras expediciones se dirigen hacia este punto, y habremos de coordinar nuestros esfuerzos.

Avanzaron a buena velocidad durante unos minutos, explorando el espacio circundante. Avistaron algunas rocas de mediano tamaño, pero la observación las delató como inhabitadas en pocos momentos.

—Es extraño —murmuró el general—. Aquí debería haber gente explorando y destruyendo asteroides, y en lugar de ello sólo veo el

abandono más absoluto.

—¿Se habrán largado a la Tierra, general? —sugirió Bauer.

—¿Por qué? Jimmie, ¿llevas el radar portátil?

—Sí, señor; pero no da la menor señal de astronaves a muchos kilómetros a la redonda.

—Sigo considerando todo esto como muy extraño, profesor. ¿Por qué diablos iban a resucitar ahora tan inoportunamente los wigorianos?

—No lo sé, general; pero, si quiere que le dé mi opinión, desde que estoy con usted, y ya hace algún tiempo, no he podido tener la suerte de atrapar ninguno de esos monstruos vivos.

—¿Para qué? ¿Para estudiarlos? ¿No tuvo bastante con aquel que me atacó en el edificio de las Naciones Unidas?

—Era un cadáver completamente aplastado, general, y yo necesitaba uno vivo —bufó el profesor.

—No lo habría contado si se hubiera hallado frente a uno de ellos —gruñó Ulyses, en el mismo momento en que un grito se oía a través de la radio.

—¡General, venga, pronto! ¡Hemos encontrado algo!

No tardó mucho Ulyses en orientarse. La llamada procedía de un islote espacial, de unos veinte metros de espesor, en el cual se hallaban dos de sus hombres, Albany uno de ellos.

El índice del teniente señaló algo tirado en el suelo, pero no tocándolo del todo, sino flotando en el vacío junto al asteroide, viajando por el espacio con él.

—Fíjese, general —dijo Albany—. ¿Se da cuenta de esto?

«Esto» era una escafandra espacial, de color naranja, en uno de cuyos brazos se veía, hecho del mismo tejido, el distintivo tricolor italiano, brillando vívidamente a la lejana luz del sol. Pero la escafandra estaba vacía por completo, rasgada totalmente de arriba a abajo.

—¡Lo sacaron de dentro y se lo llevaron consigo! —exclamó Jimmie atónito.

Aquello puso a Quiroga de malísimo humor.

—¿Por qué diablos iban a hacer tal cosa? Un hombre en el vacío muere irremisiblemente, y, ¿de qué les sirve a ellos un hombre muerto? No; lo necesitan vivo para...

—El hecho indestructible es que se lo llevaron, general —murmuró el profesor pensativamente—. Vivo o muerto, está con ellos, ¿comprende?

—Sí —contestó Ulyses con pesado acento—. Albany, tome nota de las coordenadas de este asteroide, y pida una patrulla de demolición. Seguro que aquí debajo hay un montón de ovoides. Continuemos.

Reanudaron su camino. Hallaron tres rocas más, en las cuales, en total, vieron siete escafandras despojadas de sus poseedores. Aquello empezó a poner nerviosos a los exploradores.

Una hora más tarde arribaban a un asteroide de regular tamaño, de unos cien metros de diámetro. Quiroga dividió a la gente por parejas.

—Abran bien los ojos y tengan mucho cuidado. Esta piedra está llena de recovecos, en los cuales pudiera aguardarnos alguna sorpresa no muy agradable. Jimmie, tú vendrás conmigo.

—Encantado, señor —repuso el muchacho, echando a andar al lado del general, si andar podía llamarse a dar, con infinito cuidado, larguísimos saltos, que a veces los llevaban a gran altura sobre la superficie del asteroide. Para regresar a éste debían utilizar los reactores individuales, maniobrándolos en sentido inverso.

Durante un buen rato exploraron el trozo que les había correspondido, no sin ponerse frecuentemente en comunicación radial con el resto de sus compañeros. De pronto Quiroga vio algo que le hizo fruncir el ceño.

Estaban frente por frente a una oquedad en la roca, situada en la cara sombreada del asteroide, y la oscuridad allí era absoluta. No obstante, las agudas pupilas del general parecieron distinguir algo en el interior de aquella anfractuosidad.

—Jimmie —dijo por radio—, quédate aquí; yo voy a ver qué diablos hay ahí dentro.

—Diablos, con toda seguridad, señor —rió tenuemente el muchacho, aprestando su antorcha-fuelle.

Ulyses avanzó poco a poco, introduciéndose en la oquedad, hasta que

se halló casi a su final. Despechado en cierto modo, iba a retroceder, cuando, de súbito un premonitorio aviso le hizo volverse rápidamente sobre sí mismo.

Una sombra oscura se le arrojaba encima. En una décima de segundo pudo captar lo que nunca hubiera sido capaz de creer.

El wigoriano que se le echaba encima vestía por supuesto escafandra de vacío, pero tenía las garras *fuera del traje*. Sus uñas se agitaban velocísimamente, con siniestros movimientos, y a Ulyses no le cupo la menor duda de que si el monstruo lograba alcanzarle, le rasgaría la tela estanca de su traje, causándole la muerte por asfixia y descompresión.

Saltó hacia atrás, tan violentamente, que su espalda chocó contra la pared opuesta de la gruta. Vio relucir siniestramente en las tinieblas los ojos del monstruo.

—¡Jimmie, Jimmie! —llamó, en tanto que aprestaba la pistola.

Apretó el gatillo y vio, en una centésima de segundo, la línea de fuego del proyectil trazador. La bala atravesó la escafandra del monstruo, y éste se estremeció.

Su vitalidad era prodigiosa y, aun sintiendo que el aire se le escapaba por el orificio abierto por la bala, renovó sus ataques. Quiroga saltó nuevamente a un lado, en tanto que su dedo continuaba apretando el gatillo.

Jimmie hizo irrupción dentro de la cueva contrarrestando con el empuje de su reactor individual la reacción en sentido negativo que le causaba la salida de la llama. La larga lengua de fuego iluminó la cueva con vívidos resplandores.

El muchacho se arrojó valientemente sobre el monstruo, el cual, ya perdiendo fuerzas, reunió, no obstante, las necesarias para rechazar el nuevo ataque de que era objeto. Pero la llama le quemó él traje, abriéndole en él ancho boquete.

Durante unos momentos Jimmie mantuvo la llama del soplete encarada contra el cuerpo del monstruo, hasta que cesó de moverse. Entonces cerró la salida del fuego.

—Gracias, Jimmie —dijo el general—. Verdaderamente me has salvado el pellejo.

—No hay de qué, señor. Hoy por ti… digo por usted, y… bueno… ¿seguimos? —inquirió Jimmie, muy colorado bajo el casco.

—Vamos, muchacho —dijo Ulyses, y salieron de la cueva.

Se encontraron con el resto de los exploradores en el lugar determinado de antemano. Albany les dio cuenta de la destrucción de otro wigoriano, y Blake y el profesor afirmaron haber muerto a otro. Ulyses fue a acariciarse la mandíbula, pero se dio cuenta de que se lo impedía el casco.

—Cada vez se está poniendo esto más oscuro. Me gustaría enormemente que Dorsey estuviera aquí; acaso las escenas que filmase convencieran a esos malditos avaros de allá abajo. Bien, continuemos, y tened los ojos muy abiertos. No sé cómo diablos se las arreglan esos bichos, pero tienen las garras al descubierto, fuera del traje espacial, y esto, que a cualquiera de nosotros podría causamos la muerte, no les causa a ellos la menor sensación.

Agrupándose de nuevo, reanudaron la marcha, seguidos en la lejanía por la espacionave donde Budenz había instalado provisionalmente su puesto de mando. El tiempo comenzó a pasar tediosamente.

Varios asteroides más fueron explorados, con resultados negativos. Quiroga no acababa de comprender aquel misterio. Toda una expedición, la italiana, con doce naves equipadas completamente, y más de seiscientos hombres, había desaparecido sin dejar el menor rastro, a excepción de unas cuantas escafandras desprovistas de su humano contenido.

Regresaron a la nave y aprovisionaron los depósitos de aire. Comieron en un sombrío silencio, durante el cual apenas si se cruzaron las palabras imprescindibles. Una vez hubieron concluido, volvieron de nuevo al espacio, ajustando sus velocidades orbitales a las de los asteroides en tanto exploraban éstos.

Al cabo de dos o tres horas de incesante exploración, avistaron una roca de excepcional tamaño: acaso un par de miles de metros de grosor, flotando sólida, enorme, pesada, en el espacio. Ulyses maniobró los chorros de su reactor, y se encaminó hacia allí.

Aterrizó al cabo de unos minutos, variando el sentido de su reactor, con el fin de proporcionarse una gravedad suplementaria, ya que en aquel asteroide, prácticamente, se carecía de ella. Luego, con los ojos muy abiertos, seguido por el fiel Jimmie, echó a andar.

Caminaron durante un buen rato. Hallaron un par de escafandras vacías, en cuyos respectivos brazos izquierdos podían verse los colores rojo, blanco y verde. Las dejaron donde estaban, sin que aquellos mudos objetos pudieran indicarles la menor noticia del paradero de quienes habían sido sus dueños.

El sol, a pesar de la distancia, golpeaba con fuerza las aristas de las rocas, haciéndolas brillar de modo cegador. Ello les impidió ver unos ojos de color encarnado que les estaban mirando, con odio infinito, agazapados sus dueños tras un sombrío amontonamiento de rocas.

Cruzaron por una especie de valle, que más parecía un desfiladero, hondo, muy estrecho, a donde apenas si llegaba la luz del sol. El ataque de los wigorianos fue tan imprevisto, que apenas si tuvieron tiempo de rechazarlo.

Provistos asimismo de reactores individuales, en los cuales reconoció Quiroga, sin lugar alguno para la duda, a los que habían utilizado los infelices italianos, se abalanzaron sobre él y Jimmie. Fue acaso el movimiento inesperado, rapidísimo, de una sombra, cruzando su cuerpo ante uno de los pocos lugares batidos por el sol en aquel cañón, lo que les salvó, de momento, la vida.

—¡Cuidado, general, ahí están! —gritó Jimmie, dando media vuelta a la espita que liberaba el ardiente gas. Generándose éste dentro de la antorcha-fuelle y produciéndose su propio oxígeno, podía arder perfectamente en el vacío sideral.

Un wigoriano fue alcanzado por la llama, y se abatió, pataleando convulsamente. La pistola del general escupió varias rayas de fuego, acribillando el traje de otro monstruo. Pero aún quedaban varios, los cuales, tras el primer intento, se reagruparon, vacilando visiblemente.

Ulyses pidió socorro por radio. La contestación no pudo ser más dramática:

—¡No podemos, general! ¡También a nosotros nos están atacan...!

La voz del teniente Albany se quebró bruscamente, y a Ulyses no le quedó la menor duda acerca del fin que había corrido su desgraciado subordinado. Pero no podía entretenerse en lamentos; allí delante tenía un problema urgente que resolver.

Vio que sus enemigos, en número al menos de una docena, se disponían a atacarles de nuevo. Algunos de ellos sostenían en sus garras una especie de túnica transparente, cuyo fin no alcanzó a

comprender. Sin temor alguno a sus balas y a la llama oxiacetilénica, se les echaron encima.

Ulyses sintió que la pistola se estremecía en sus manos, saltando como cosa viva. El retroceso fue tan violento, que le arrojó hacia atrás veinte metros al menos, salvándole de un furioso envión que le tiró un wigoriano y que, de alcanzarle, allí mismo le desgarrara el traje de arriba a abajo. Pero el desgraciado Jimmie no tuvo la misma suerte.

Un numeroso grupo de monstruos le rodeó totalmente, aunque uno de ellos se separó al instante, fulminado por un golpe de fuego. Sin embargo, los demás consiguieron apoderarse de la antorcha-fuelle, y el muchacho quedó inerme en manos de los wigorianos.

Despreciando en absoluto el peligro, Ulyses se arrojó sobre aquel siniestro grupo que se le antojó de buharros devorando una víctima. Su pistola volvió a llamear, perforando algún traje más, pero pronto notó que el gatillo golpeaba en vano.

Antes de que pudiera recargarla, cuatro o cinco monstruos se le arrojaron encima. Rechazó a uno a puntapiés, pero los demás le sujetaron sólidamente. Una garra se le apoyó en la parte alta del pecho.

Sin poderlo evitar, Ulyses gritó desesperadamente en el segundo que precedió al tirón del monstruo. La tela de la escafandra fue rasgada de arriba a abajo, e instantáneamente el aire contenido en ella salió al vacío, convertido en una nube de blanco vapor que se disipó bien pronto.

Un soplo mortal de hielo invadió el cuerpo de Ulyses. Boqueó angustiosamente, pidiendo aire, pero el frío del espacio lo redujo a la inmovilidad antes de que pudiera contener la respiración. Sintió que los huesos se le congelaban, y luego, el negro espacio que tenía ante sus ojos perdió de pronto todas las estrellas que en él brillaban.

CAPÍTULO X

El coronel Ulyses Quiroga no supo nunca cuánto tiempo permaneció inconsciente, porque en realidad carecía de puntos de referencia para efectuar la medición del tiempo. Se encontró súbitamente, a sí mismo, volviendo a la vida, y aún tardó algunos momentos en darse cuenta cabal de lo que le estaba ocurriendo.

El recuerdo de lo sucedido irrumpió con brusquedad en su mente. Advirtió que estaba echado y se sentó en el suelo, frotándose los ojos. Luego miró en torno a él.

Lo primero que advirtió fue que se hallaba en una enorme caverna, de altísimo techo y dimensiones enormes, tanto, que su final se perdía de vista. El suelo era relativamente irregular, aunque llano por regla general, y por él iban y venían infinidad de wigorianos, atareados en lo que supuso sus múltiples labores. La caverna estaba brillantemente iluminada, merced a una serie de colosales esferas de luz, pendientes del techo, de una manera que al pronto no supo adivinar Ulyses.

En algunos sectores de la caverna había unos caminos absolutamente lisos, por los cuales iban y venían los wigorianos, montados en una especie de vehículos de gran tamaño, sobre los cuales iban trozos enormes de roca, de una magnitud de hasta diez y doce metros de volumen. Ulyses supuso acertadamente que en el interior de aquellos pedruscos habría ovoides conteniendo cuerpos wigorianos en estado de suspensión de las funciones vitales, y comprobó su teoría cuando vio que aquellos vehículos desaparecían por unos túneles que corrían en sentido levemente ascendente.

Continuando su inspección ocular, miró más cerca de sí. Se encontró en una especie de subcaverna, de boca muy grande, por la cual entraba la luz a raudales. Pero no estaba solo.

Había más, muchísimos más cuerpos humanos, todos tendidos en el suelo, en un estado de muerte aparente. Jimmie se hallaba a su lado, y un poco más allá reconoció a Albany, Álvarez y algunos otros miembros de su propia dotación. El resto, en general, llevaba la bandera tricolor en el brazo izquierdo, y entonces supo Ulyses que había hallado a los restantes componentes de la expedición italiana.

De pronto sintió pasos cerca. Tomando rápidamente una decisión, volvió a dejarse caer hacia atrás, simulando hallarse aún en estado de inconsciencia. Sordos pasos le anunciaron que un pelotón de wigorianos se aproximaba a aquel lugar.

Entreabriendo los párpados cautelosamente, vio aparecer por la boca de la caverna un grupo de aquellos pequeños monstruos «charlando» entre sí con aquellos peculiares gritos suyos, tan parecidos a chillidos de agudísima entonación. Los wigorianos, sin reparar en él, se dirigieron a un lado de la caverna y tomaron varios cuerpos de terrestres. A Ulyses no le sorprendió la enorme fuerza de aquellos seres, cuya estatura estaba comprendida entre el metro y el metro

veinte, capaces de coger en sus brazos, sin esfuerzo aparente, un cuerpo humano con toda facilidad.

Una docena de terrestres fueron arrastrados hacia un horrible destino, fácil de suponer. Ulyses comprobó con cierto alivio que ninguno de sus subordinados había sido llevado por el momento, pero ello no le sirvió de gran consuelo; de todas formas, los otros también eran humanos e iban a morir en la más espantosa de las suertes.

Después que se hubieron alejado los wigorianos, Ulyses vaciló por unos momentos acerca de la línea de conducta a seguir. Estaba aún a punto de resolverse, cuando súbitamente sonó una voz muy cerca de sus tímpanos.

—Es inútil que finja estar dormido, general. Puede abrir los ojos y, si lo desea, hasta ponerse en pie.

Ulyses lo hizo, pero de un salto que casi estuvo a punto de llevarle al techo de la caverna, debido a la bajísima gravedad del mundo en que accidentalmente se hallaba. Descendió con gran lentitud para encontrarse frente a cierta persona que le miraba, sonriendo burlonamente, al mismo tiempo que le encañonaba con una pistola de pavoroso aspecto.

—*¡Usted!* —exclamó, lleno del más legítimo asombro—. ¡Usted, profesor Bauer!

—El mismo, general... ¡No, no se mueva! Sentiría mucho tener que dispararle un tiro...

—Acaso fuera eso mejor suerte que la que me aguarda.

—Tiene usted razón, general; pero, ¿me cree tan tonto como para destrozarle la cabeza de un balazo? No; me limitaría a romperle una pierna y así quedaría usted inutilizado. Los wigorianos son habilísimos médicos, le curarían con gran rapidez, y luego... Bueno, general, usted lo sabe de sobra tan bien como yo, ¿a qué explicárselo?

Ulyses miró a Bauer con infinito desprecio al decirle:

—Tiene usted razón, profesor; pero puesto que he de correr la suerte que esas bestias nos reservan, ¿no podría al menos ahorrarme su presencia, la presencia de un traidor?

Bauer se echó a reír desvergonzadamente.

—¿Traidor yo, general? ¿Traidor, a qué o a quién? Creo que fue uno de vuestros políticos más famosos, nacido ya hace varios siglos, el que dijo: «La traición no es más que una cuestión de fechas». Se llamaba… déjeme recordar… Ah, sí; Talleyrand era su nombre.

—¡Luego… usted… profesor… no ha nacido en la Tierra!

—Exacto, general. Yo soy wigoriano por mi nacimiento, aunque no de raza.

—Pero tiene aspecto humano, como Areen, y está ayudando a esos monstruos a devorar seres como usted.

—¡Qué me importa a mí eso, general! —Se encogió Bauer de hombros —. Mi labor era precisamente ésa, atraerle a usted aquí, así como al resto de sus compañeros, y ya lo he conseguido.

—¿Piensa que va a obtener alguna ganancia de su traición, profesor?

Bauer se impacientó.

—¡Para mí no es traición, general! Hago lo que más me conviene, lo mismo que muchos que andan sueltos por la Tierra, ayudando a los wigorianos a convertirse en la raza más fuerte e inteligente del Universo. Cuando esto sea una realidad, nosotros recibiremos la adecuada recompensa.

Ulyses miró a su interlocutor de arriba a abajo despectivamente.

—Ahora ya me explico su empeño de atrapar a un wigoriano vivo. Era para ponerse en contacto con ellos, ¿verdad?

—Exacto, general. Usted acaba de decirlo.

—Y usted sería también, sin lugar a dudas, quien introdujo en el edificio de las N. U. a aquella fiera que intentó asesinarme.

—Cierto. Fue sencillo —rió el profesor con desfachatez—. Una caja de digamos «instrumentos» fue lo que me sirvió para introducir al wigoriano en aquel rascacielos. Por mi condición de científico conseguí que no la registraran e incluso… ¡Cielos, qué idiotas tan grandes! Si hasta me enviaron un par de soldados a ayudarme a transportarla. Luego me bastó, aprovechando un momento suyo de descuido, general, enviarle un recado con un miembro de la guardia interior. Por cierto que el pobre no tiene la culpa; se limitó a transmitir el mensaje que yo le di.

—Afortunadamente le falló el golpe, profesor.

Éste se encogió de hombros.

—A veces me pregunto yo si la suerte no es también una cuestión de fechas. He tenido que aguardar mucho, general, hasta que ha llegado mi hora. Perdido allá abajo, en aquella base antártica, con ustedes, creí que mi vida acabaría transcurriendo normalmente, como un terrestre más, antes de la llegada de los wigorianos. Muchos como yo, han vivido y han muerto, aguardando durante largos siglos la llegada de nuestros naturales señores. Y yo, francamente, creí que también me ocurriría lo mismo. Oh, general, usted no sabe la suerte que tuvo con que aquellos wigorianos caídos en la Antártica lograran escapar. Si los hubiera muerto, creo que yo mismo le hubiera matado a usted.

Bauer calló, y durante unos minutos, Ulyses lo miró con infinito desprecio. Luego dijo:

—Areen también es humana y no es traidora, profesor.

Éste se encogió de hombros.

—Pero es tonta manteniendo tan estúpida actitud. No sabe cuánto ganaría poniéndose del lado de los wigorianos. Éstos, general, no le quepa la menor duda, acabarán por dominar vuestro planeta. Y entonces yo, y muchos humanos como yo, recibiremos nuestra adecuada recompensa.

Quiroga se echó a reír.

—¡Ya! Alguna cría de wigoriano en sus costados, ¿eh, profesor?

El rostro de Bauer se demudó.

—¡No sea imbécil, general! Usted, como terrestre, podrá achacar a los wigorianos todas las cualidades morales que quiera, las cuales acaso estén en contraposición a las suyas, pero de lo que no cabe la menor duda es de que un wigoriano mantiene su palabra por encima de todo.

—Tanto mejor para usted, profesor —repuso fríamente Ulyses—. No dudo, pues, que su gesto será altamente recompensado. Dígame, ¿qué cargo espera alcanzar? ¿Acaso el de Archipámpano de las Indias?

Bauer apretó los labios, pero no contestó a la feroz pulla que le había dirigido el general. Éste prosiguió:

—Lo que no comprendo es por qué capturan a los terrestres, profesor. ¿Entra en sus deberes el ocultarme la suerte que me aguarda?

Una amplia sonrisa de satisfacción distendió las facciones de Bauer.

—Oh, no por cierto, general. Se lo diré en dos palabras. La guerra que en su planeta están sosteniendo ustedes contra los terrestres está causando, dicha sea la verdad, bajas a los wigorianos. Es lógico, pues, que éstos traten de cubrirlas. Un problema de estrategia elemental, ¿no lo cree usted así, general?

—Bajo el punto de vista wigoriano, sí, profesor —repuso Quiroga—. Sin embargo no acabo de comprender… ¿Es que en la Tierra no hay suficientes personas para alimentar a sus voraces crías?

—Oh, claro que sí; pero ya sabe que los medios de investigación han avanzado muchísimo, general, y el diagnóstico de un atacado terrestre se hace con toda facilidad. El terrestre muere, naturalmente, al serle extraídas de su cuerpo las crías de wigoriano, y claro, éstas también mueren. Para paliar en lo posible tales inconvenientes, los wigorianos han decido hacer prisioneros en el espacio, inocularles aquí las crías, y luego enviarlas a la Tierra, encerrados en sendos asteroides. Muchos de los inoculados morirán, pero otros vivirán y… Bien, general, nuestro triunfo es cuestión de tiempo únicamente. Aquí estamos seguros y nadie podrá estorbar nuestra tarea.

—Lamento no poder desearle buena suerte, profesor —dijo el general irguiéndose—. ¿Cuándo me toca a mí?

Bauer se encogió de hombros. Miró a su izquierda, dándose cuenta que algunos de los compañeros del general empezaban a recobrar el conocimiento.

—Eso no es cosa que yo haya de decidir, general. Supongo que ocurrirá cuando le llegue el turno y…

—¡Un momento, Bauer! No se vaya sin antes explicarme cómo consiguieron traernos hasta aquí.

—Muy sencillo —sonrió el profesor con aire de superioridad—. La ciencia wigoriana está muy adelantada. El cuerpo humano no se descomprime en el vacío tan rápidamente como se supone, ni tampoco se congela de modo radical, instantáneo. Puede soportarse impunemente una exposición de un minuto y hasta dos, pero generalmente es demasiado ese plazo. Al rasgarle su traje de vacío, usted y sus hombres fueron encerrados, con prodigiosa rapidez, en una

esfera de plástico llena de aire, en la cual fueron traídos, aletargados, hasta aquí. El tránsito de la escafandra a la esfera de plástico duró, créame general, menos de treinta segundos. Claro es que se pierde el conocimiento, pero eso no es menos indudable que facilita nuestros planes.

—¿«Nuestros planes», eh? Luego, es evidente que usted se considera wigoriano.

—Digamos que sí, general. ¿Para qué andarnos con rodeos?

De pronto apareció en la entrada de la caverna un grupo de wigorianos, encaminándose hacia los caídos. Tomó cada uno su respectiva presa, siempre parloteando estridentemente, y luego se alejaron.

—Ahí tiene usted la prueba de cuanto estoy diciendo, general —murmuró Bauer, señalando con la cabeza a los wigorianos.

En aquel momento, ocurrió algo inesperado.

Ulyses ya hacía tiempo que había visto, por el rabillo del ojo, a Jimmie completamente despierto, pero simulando estar aún desvanecido. El muchacho aguardó a que los monstruos se hubieran alejado, y entonces arrojó algo que tenía en las manos con todas sus fuerzas.

La piedra alcanzó al profesor en la mano, arrancándole la pistola. Bauer lanzó un rugido de ira al verse sorprendido e intentó recuperarla.

Pero el general fue infinitamente más rápido. Golpeó la sien del profesor con el puño cerrado, y acto seguido, Bauer cayó al suelo, totalmente inconsciente. La pistola pasó a poder de Ulyses.

—¡Bravo, Jimmie! No has podido portarte de mejor manera.

El muchacho se le acercó de un salto.

—¡Sucio bastardo! ¡Inmundo traidor! —escupió, arreando luego una patada al cuerpo de Bauer—. Señor, ¿qué podemos hacer para escaparnos?

—La cosa está muy difícil, Jimmie —murmuró el general—. Veremos.

Se asomó precavidamente a la entrada de la cueva, oteando el

horizonte. En aquel momento, un sordo trueno estremeció el suelo.

—¿Qué ocurre, general?

—No lo sé, Jimmie. Da la sensación de como si fuera un terremoto, pero...

La vibración volvió a repetirse. Esta vez fue tan intensa, que trozos enteros de roca fueron arrancados de las escarpadas paredes de la colosal oquedad, volando lentamente por los aires. Y Ulyses vio que los wigorianos empezaban a mostrarse alarmados y que corrían alocadamente de un lado para otro de la gruta.

—Esto no me gusta, señor —murmuró el muchacho muy asustado.

—Tampoco a mí, Jimmie. Sin embargo, no podemos hacer...

Ulyses se interrumpió porque algo estalló con tan terrible fuerza que literalmente fue arrancado del suelo. Pudo agarrarse a una enorme piedra que volaba lentamente y así aterrizó sin novedad, unos cuantos metros más allá.

De pronto Ulyses sintió que se le helaba la sangre en las venas. ¡El suelo se abrió bajo sus pies!

Una larga grieta se produjo, ensanchándose con sordos crujidos. Tambaleándose, tratando de mantener el equilibrio, echó una mano a Jimmie, ayudándole a incorporarse. El muchacho de pronto lanzó un grito.

—¡Mire, señor, mire!

Ulyses volvió la vista hacia donde le decía Jimmie. Cerró a continuación los ojos. La gruta donde habían estado se había hundido, sepultando entre sus escombros a todos cuantos allí había. La suerte del teniente Albany y sus compañeros, así como de los restantes terrestres, quedó sellada.

Pero ni Ulyses ni Jimmie pudieron seguir compadeciendo a aquellos infelices. Terribles chasquidos se oyeron junto con feroces detonaciones que estremecían de arriba a abajo el interior del enorme asteroide.

Súbitamente, a unos trescientos metros del lugar en que se hallaban se abrió una enorme grieta, a continuación de una sacudida más fuerte que las demás. El aire empezó a escaparse al vacío por aquella

abertura.

—¡Agárrate fuerte, Jimmie! —gritó Ulyses, sabiendo que de todas formas antes de pocos minutos estarían muertos.

Numerosos wigorianos, cogidos en la invisible corriente de aire, fueron arrastrados hacia el espacio, a pesar de sus esfuerzos. Chillaron endemoniadamente, pero muy pronto desaparecieron de la vista de Ulyses y Jimmie.

La tierra seguía temblando cada vez más. Trozos enormes de roca volaban en todas direcciones, aplastando y tendiendo cuerpos con toda imparcialidad. Las máquinas e instrumentos de los wigorianos comenzaron a estallar con fragorosas detonaciones.

Otra grieta se abrió y Ulyses comenzó a notar ya la falta de oxígeno. El aire se escapaba con grandísima rapidez al espacio, y el general no dudó que antes de pocos minutos habrían perecido por asfixia, sin que esta vez les quedase el recurso de un salvamento similar al anterior.

Obcecados por salvarse, ninguno de los wigorianos le hizo ahora el menor caso. Ulyses advirtió que algunos de ellos había conseguido ponerse el traje de vacío, pero la inmensa mayoría no tendría tiempo de hacerlo ni, calculó, habría para todos. En cuanto a él y Jimmie, no contaban con tal medio de salvarse, puesto que aquellas escafandras eran de un tamaño mucho menor que el suyo.

—General, ¿qué está ocurriendo? —preguntó Jimmie.

Estaba pálido, pero conservaba la serenidad.

—Estoy seguro de que descubrieron la base de los wigorianos y la están destruyendo con bombas de hidrógeno. La explosión directa de éstas es lo que ha producido el resquebrajamiento de la cámara y…

Ulyses se interrumpió, porque de pronto comenzó a respirar afanosamente. La temperatura había descendido ya muchísimo y el oxígeno escaseaba cada vez más. Los rostros de ambos comenzaron a amoratarse.

Súbitamente, de modo inesperado, por una de las aberturas empezaron a entrar unos seres, volando merced a sus reactores individuales. Los esperanzados ojos de Ulyses advirtieron en los brazos izquierdos de aquellas personas brazales con los colores de todas las naciones del globo.

Los terrestres atacaron sin vacilar a los pocos wigorianos que intentaron oponer alguna resistencia. Ulyses notó que ya no tenía aire e, instintivamente abrió los brazos, lo mismo que Jimmie, en un vano intento de llamar la atención de los recién llegados.

Aquello les hizo soltarse del asidero que les había mantenido sujetos hasta entonces. Volaron muy lentamente, arrastrados por la corriente de aire, envueltos en ella de modo inexorable, hacia el vacío. Los pulmones de Ulyses aspiraron las últimas moléculas de oxígeno.

Agitó los brazos desesperadamente, viendo que un grupo de terrestres se encaminaba hacia él. Un rojo velo cubrió sus pupilas. Le pareció que el pecho le iba a estallar en los instintivos esfuerzos que hacía para respirar.

Media docena de terrestres les rodearon a ambos. Ulyses jadeó, buscando un aire que casi no existía ya. La conciencia empezó a huirle.

Antes de perder el conocimiento tuvo tiempo, empero, de ver dos cosas. Una de ellas fueron unos magníficos ojos verdes que le miraban angustiosamente, al mismo tiempo que las manos de Areen movían febrilmente una cápsula de plástico, con su pequeño depósito de aire comprimido.

La segunda cosa que vio fue una grieta que se abrió a todo lo largo del interior del asteroide. La grieta se ensanchó horriblemente y, de pronto, con un atroz crujido, apenas perceptible, sin embargo, en aquella ya tenue atmósfera, el asteroide se dividió en dos pedazos. Fragmentos de roca volaron por el espacio, junto con millares de wigorianos que se agitaron horriblemente en sus últimas convulsiones. El poco aire que quedaba, transformado en una blanquecina masa de vapor, se precipitó al vacío.

* * *

Cuando abrió los ojos, Ulyses vio muy cerca de él unas verdes pupilas que le miraban ansiosamente. Un poco más allá, Budenz y varios oficiales contemplaban la escena.

—¡Areen! —exclamó, sintiéndose aún muy débil.

—¡Ulyses! ¿Estás bien?

—Sí… pero, ¿cómo…?

La explicación se la dio el propio comandante en jefe. Avanzó un par de pasos, hasta situarse a la cabecera.

—General Quiroga, dele usted las gracias a su secretaria. De no haber sido por ella, no habríamos alcanzado tan rotunda victoria sobre los wigorianos.

Ulyses miró a Areen sin comprender del todo. La muchacha escondió el rostro, súbitamente enrojecido.

—Aunque parezca mentira, conseguimos capturar vivo a un wigoriano, que andaba por ahí, en unión de otros varios, patrullando el espacio en busca de prisioneros. Éste quedó vivo y le hicimos hablar… si hablar puede llamarse a los chillidos que emite. El caso es que Areen nos sirvió de traductora y… bueno, no es preciso tampoco entrar en detalles acerca de la forma en que hicimos hablar al wigoriano. El caso es que nos dijo dónde tenían la base y la atacamos con bombas de hidrógeno hasta destruirla totalmente. Ya no podrán seguir haciendo envíos de asteroides a la Tierra, y aunque todavía queden en ella muchos wigorianos, el destruirlos es sólo cuestión de tiempo. En cuanto a los que hay aquí, en los asteroides, dejaremos fuerzas reducidas que, sin prisas ahora, se encargarán de ir eliminándolos poco a poco, puesto que éstos que quedan no aterrizarán en nuestro planeta si no es de forma meramente accidental. Los wigorianos les impulsaban hacia la órbita de nuestro mundo, pero ahora ya no podrán hacerlo; todo su mundo y civilización están completamente destruidos. Y a usted y a Areen les cabe una buena parte de la recompensa que en su día se otorgue.

Budenz soltó su perorata de un golpe. Pero las últimas palabras ya no las oían los dos enamorados. Estaban muy ocupados mirándose el uno al otro.

—Ulyses —dijo ella, sonriente—, ¿no te importará casarte con una mujer que es más vieja que tú en muchos miles de años?

El joven pasó una mano por las mejillas de la muchacha.

—La verdad no se te nota mucho que digamos. Pero, querida, mucho me temo que no pueda casarme contigo.

En los ojos de Areen apareció una chispa de susto.

—¿Por qué, Ulyses?

—Para casarse con una mujer son necesarios varios requisitos. Por

ejemplo, ¿a quién voy a pedir yo tu mano?

—A mí, general —dijo Jimmie con toda frescura—. Puede pedírmela a mí. Yo se la concedo de muy buena gana, ¿eh, Areen? —y el muchacho le guiñó alegremente un ojo.

Ella se echó a reír abrazándose a Ulyses. Los dos se sintieron felices; ya habían concluido todas sus penalidades y el futuro se les presentaba alegre, rosado, esperanzador.

FIN

[1] Omisión en imprenta. (NE)

[2] ¡Rayos y truenos!